
ARNALDO VISCONTI
El Galante Aventurero
LA ISLA DE LAS SIRENAS
4 PTS

Impreso en
GRAFICAS BRUGUERA
BARCELONA



Capítulo I

LA PERPLEJIDAD DEL CAPITÁN VOLPI

—Por favor, no os inclinéis, capitán. Gustoso os recojo vuestro libro, porque me dais angustia cada vez que es inclináis. Me hace el terrible efecto de que vuestros ojos rodarán por el suelo.

—Por la cubierta, señor—corrigió severamente Musso Volpi—. En las naves no hay suelo. Aprovecho también la oportunidad para recordaros incansablemente que sois un incorregible impertinente que sólo tiene parangón con el loro que os adorna el hombro

—Sois simpaticote, capitán, y muy machote. Por esto os trato con respeto.

Suspiró elocuentemente Musso Volpi, cuyos saltones y redondos ojos expresaban a las claras su opinión sobre el trato respetuoso tal como lo entendía el bandolero gascón Bruyant Lartiguers.

El velero “Dardo”, cuyo amorcillo de proa, montando un venablo, alargaba la ya de por sí esbelta silueta de la estructura, navegaba con celeridad, cortando airosamente las aguas límpidas.

—No os enojéis conmigo, capitán. La fortuna envidiable del zascandil que, como yo, nunca se preocupa, es la alegría.

La última palabra despertó al amodorrado loro, que, agitando las alas briosamente, colérica la expresión como siempre, graznó:

—¡Alegría, alegría! ¡Abajo el malhumor y arriba el ánimo!

Hasta el severo y honesto marino no pudo evitarse el sonreír ante la cómica figura del parlanchín discípulo del gascón.

—Está mejor enseñado que vos, señor, vuestro animal.

En el puente, seguido por su escudero Bembo y Delfín Lechuga, presentóse Luys Gallardo.

—Sin novedad, patrón—saludó Musso Volpi.

—Sí que hay novedad, capitán Volpi. Y es que, en el mar, el aire es más puro, limpio, sin polvo ni exhalaciones terrestres.

—Desgraciadamente, se toca en puerto, don Luys.

—Amigo...—murmuró Bruyant, poniendo los ojos en blanco—. Pero es que el puerto al cual vamos es de los de rechupete. Nada más y nada menos que la Isla de las Sirenas. ¿Pensáis vos, tritón, denegar como lo hace mi reina blonda, en su escepticismo de mujer, la existencia de las apetitosas y suculentas trufas que son las sirenas?

Luys Gallardo escuchaba risueño el diálogo. Delfín Lechuga iba recuperándose de su última pena de amor...

Musso Volpi, inconscientemente, adquirió talante doctoral, para replicar, sentenciosamente:

—Nosotros, los que desde niños nos mecimos en el mar, hemos visto o creído ver hechos o alucinaciones que un hombre de tierra adentro no creería.

—¿Cuántas sirenas habéis cortejado, Neptuno?

—Ninguna, señor gascón, porque no cortejo, y nunca vi a sirena alguna, si con este nombre se define a la mujer mitad hembra mitad pez, que, al decir de los eruditos, habita en las rocas y es funesta para los marinos, al atraerlos con su canto seductor.

—No corremos peligro, ya que con nosotros llevamos al rey de los trovadores. Si veis sirenas de esas, don Luys, echad al aire una de vuestras canciones, y haremos buena redada. Vendrán a prenderse en el anzuelo de vuestra trova.

—Si no hay sirenas, ¿por qué así se llama a la isla de Capri?—quiso saber Delfín Lechuga.

—En Capri y las islitas de sus alrededores, colocó el poeta Homero a las hermosas mujeres fatales para el marino, las que tentaron a la tripulación de Ulises, el famoso navegante.

—Y, claro, Ulises se quedó para siempre en tierra.

—No; porque, para eludir la seducción de los cantares de las sirenas, se colocó cera en los oidos

—¡Qué tunante!—rió Bruyant-—. Pero le hubiera ido mejor si se coloca la cera unos días después de convivir con las pescadillas.

—Bruyant...—llamó desde la cámara una voz femenina—. He preparado tu desayuno.., y el de "Coclicó".

—Ah... La voz de mi sirena vencedora. Excusadme, señores, pero mis deberes conyugales me obligan a no despreciar la llamada seductora... Me siento casi un gran hombre. ¡Tengo por cocinera a la más hermosa de las sirenas, y, además, al antiguo condotiero "Sans Merci"!

Alejóse el gascón, besuqueado en picoteos suaves por su loro.

—Buen mozo—admitió Musso Volpi—, pero loco de atar y verdaderamente dotado del poder de ser un tolerable insolente.

Enfocó su catalejo hacia una línea obscura que se recortaba en el azul horizonte.

—Es la islita de Maggia. Roquiza y desértica. Inhabitada. Situada cinco millas al oeste de Capri.

Bembo, cansado de estar derecho, se reclinó contra la balaustrada, dormitando en pie.

Delfin Lechuga emprendió un paseo rápido, con el cual desfogar sus energías, enervadas por la inmovilidad a bordo.

Luys Gallardo contemplaba con agrado la diáfana atmósfera, el hermoso airón de las blancas velas, la pureza transparente del mar y el lento vuelo de gaviotas que describían círculos allá por encima de la islita de Maggia, la isla desértica e inhabitada.

Estaba junto a Musso Volpi, que continuó diciendo:

—Muchos son los mitos que circulan entre la gente de mar. Naturalmente, uno de los más tentadores es el que afirma la existencia de las sirenas. Pero son cuarenta años los que llevo navegando, y os puedo afirmar que no vi ni nunca oí de alguien que con fundamento pudiera citar la existencia de estos seres ambiguos. Algún que otro marinero ebrio, alucinado por larga permanencia alejado de toda Eva, creyó en noches silbantes oír canción de voz femenina. Pero era el susurro del viento, que a veces, en su paso por las oquedades y grutas de la costa, semeja humana laringe.

Miró hacia el horizonte y volvió a enfocar su catalejo, mientras seguía diciendo:

—El mar produce muchas leyendas y transfiguraciones, que, naturalmente, un sólido cerebro honesto debe evitar confundir con realidades. Aquella islita fué antaño rehuida por los navegantes, que… supersticiosos… creían en las... bellas poesías de... Homero... Musso del demonio—se interpeló a si mismo, como acostumbraba el siciliano—, ¿no te lavaste los ojos esta mañana como siempre?

Apartó de su rostro el anteojo, y su expresión plasmaba el más profundo estupor. Tan cómica era su apariencia de perplejidad, que

Luys Gallardo rió.

—¿Es que habéis visto sirenas, capitán?

—¿Sirenas?... Pues... ¡no existen!

—Entonces, ¿a qué se debe vuestro asombro?

—¡Mirad!

Y, bruscamente, el marino tendió su anteojo al trovador, señalándole a la vez la línea de tierra que iba agrandándose en el horizonte.

—La islita de Maggia. Desierta y sin habitantes —fué repitiendo Luys Gallardo, mientras enfocaba al punto señalado.

Y de pronto dejó de sonreír, crispando las manos alrededor del largo tubo óptico.

Veía la arena formando un anfiteatro, sobre el cual un semiarco de granates rocas iba escalonándose ascendiendo.

Y brotando del agua veía seres extraños... Largas cabelleras sueltas sobre el desnudo busto... Verdor de alga formando compacta masa desde la cintura hasta el suelo...

Las fantásticas figuras salían del agua, y otras que estaban tendidas sobre las rocas, levantábanse.

Todas miraban hacia el mar, concretamente hacia el velero. Y súbitamente, con graciosos gestos de espanto, desaparecieron, corriendo en forma extraña, por entre las rocas.

Luys Gallardo dejó el catalejo sobre la mesita en la que Musso Volpi tenía sus libros y cartas marinas.

Tardó unos instantes en hablar. Antes respiró a fondo, y secóse unas finas gotas de sudor que humedecían su frente...

—¡Mosca!...—murmuró, como siempre que algo le sorprendía—. Yo no soy hombre de mar, y me lavo con bastante pulcritud el rostro al levantarme. Por lo tanto, ni padezco alucinaciones ni hay telas de araña entre mis pestañas.

—Eran..., ¿verdad?—inquirió, bajando la voz, el capitán Volpi.

—Razonemos, tritón. Yo nunca creí en los centauros, esos seres con medio cuerpo humano y el otro equino. Ahora bien..., estoy muy inclinado a creer en bellas nadadoras..., sobre todo porque acabo de verlas con mis propios ojos, y ni estoy ebrio, ni es de noche, ni la luna favorece alucinaciones. Eran... tal como las vi una vez grabadas en bello libro de ensueño... Pero ¡es imposible!

—Si me aceptarais un consejo, don Luys, dadme la orden de virar proa, y anclar en Capri por el Sur.

—Vos fuisteis el único hombre que logró vencer al invencible Truand Lascar. ¿Vais ahora a huir, que nunca lo hicisteis, ante indefensas y bonitas Evas?

—Lo que no entiendo, me da miedo...

—¡Ojalá en mi existencia sienta yo muchos escalofríos de este agradabilísimo miedo! Resumamos los hechos: la isla es desierta, y vemos en ella extrañas mujeres, mitad peces en su inferior escultura. No me tildéis de pícaro si os afirmo que mi curiosidad se ha despertado y deseo averiguar dónde están los peces.

—Lo misterioso encierra siempre peligro, patrón.

—Yo creo más bien que lo misterioso tiene siempre una explicación natural.

—¿Qué explicación natural puede tener esto? La isla es pequeña, y ahora se divisan bien sus contornos. No hay edificios ni rastro de seres humanos Sólo..., entre las rocas...

—Mi afán de independencia me obliga a pediros el secreto de la exploración que voy a emprender.

—Dejadme... acompañaros...—Pero era evidente que Musso Volpi, e] valiente misógino, deseaba una negativa, y respiró aliviado al obtenerla. —Dejad al menos que el brioso Bruyant y vuestro guardaespaldas don Delfín os acompañen.

—Bruyant las asustaría, y Delfín las atracaría con sus fachendosos aires de matachín. Además, muy vergonzoso sería para mí acudir a sitio donde sólo anidan mujeres, acompañado como un niño que teme perderse de día en intrincado laberinto. Diréis que fui a recoger flores impolutas. Capricho de trovador. Usaré la chalupa, cuyo manejo conoce ya Bembo, mi valentón de escudero.

Miró hacia donde Bembo, resbalando lentamente, habíase quedado semitendido, durmiendo beatíficamente, con leves resoplidos, que amenazaban engrosarse en volumen...

—¡En pie, holgazán!—exclamó Gallardo—. Te necesito como lobo de mar. Disponte a arriar la chalupa.

Corrió anadeando el macizo y rechoncho piamontés, y Musso Volpi dió órdenes para arriar velas y aminorar la marcha del bajel.

—Me mantendré al pairo, patrón. ¿Que órdenes me dais por si vuestra ausencia se prolonga?

—Si tardo más de dos horas en salir de entre aquellas tentadoras rocas, enviadme a don Delfín y al gascón con sus compinches. Y que ellos aclaren el misterio, si yo no lo consigo.

Cuando la chalupa quedó balanceándose al costado del velero, y, denegando la compañía de Delfín Lechuga, descendió por las cabrias rápidamente Luys Gallardo, la isla, ya visible a simple ojeada, era una diminuta circunferencia desierta de toda vegetación y habitante.

Simplemente se veían arenas amarillas, azulísima agua y un

anfiteatro de rocas ascendentes…

Capítulo II

CARLINA, LA REINA DE LAS SIRENAS

La chalupa, caída la vela e impulsada por el remo que Bembo manejaba, si no con mucha destreza, con sobradas fuerzas, vino a inmovilizarse en el linde del agua con la arena.

Saltó a la playa Luys Gallardo. Miró por unos instantes de cierto modo al piamontés, el cual, presintiendo una de las recias chanzas de su amo, esbozó una sonrisa temerosa y cohibida.

—Dime, escudero, que, como tal, debes estar impuesto en la flor del código de la andante caballería que somos a pie los trovadores: ¿cuál es la obligación de caballero que a damas visita?

—Pues... poco entiendo de ello, mi amo, pero supongo que irá gentilmente dispuesto a recitarles lindas trovas.

—Así es. Pero si las damas son de extraña raza y él no quiere asustarlas, ¿qué hará?

—Sonreír, mi amo, como sabes hacerlo cuando quieres, desarmando inquietudes y recelos.

—Tú lo has dicho, gran hombre.

Y a la vez, con rápida celeridad, llevóse el trovador las manos atrás, y silbaron por cinco veces las dagas, que, brotando como por milagro de sus dedos, fueron a clavarse en el banquillo donde estaba sentado el piamontés.

Con los ojos cerrados, Bembo permaneció inmóvil hasta que, no oyendo más silbidos, los abrió, exhalando su contenida respiración.

Vio como Luys Gallardo le tendía el cinto con su espada y daga.

—Dijiste que sin armas, al hablar de desarmar con mi sonrisa. Sonríe, valentón, y aguarda aquí mi regreso.

—¿Te acompaño, mi amo?

—¿Eres sordo? Dije que aquí aguardes. Asustarías con tu rostro de infernal glotón a las delicadas sirenas.

Quedóse el escudero meditando que su peligroso amo empleaba demasiados simbolismos. ¿Sirenas?... Una isla silenciosa, que veíase totalmente deshabitada.

Pero a hurtadillas una vez leyó, al poco de entrar al servicio de su amo, relaciones sobre los trovadores. Y quedó convencido de que eran a modo de entrometidos caballeros andantes, que por la dama del ideal iban en pos de un continuo renovar de ilusiones maltrechas.

Y todo aquello resultaba demasiado confuso para él que prefirió acomodarse en la chalupa, cabeceando a prólogo de reconfortante dormilona.

Mientras, Luys Gallardo, terciado al hombro su laúd de plata, alcanzó el muro de rocas, por entre cuyas hendiduras había con el anteojo visto desaparecer a los extraños y bellísimos seres femeninos.

Desprendió del cordón de oro el instrumento musical, cuando penetró en una de las largas grietas sombreadas por las rocas.

Pulsó suavemente las cuerdas, y su melodiosa voz cantó:

“No me preguntéis quién soy,
ni dónde con mi canto voy.
Yo vi a la aurora,
bañada en rosa,
dorar la hermosa
faz del mar...
Y vi los rayos
de un sol ardiente
que rudamente
borraron luego,
con rojo fuego,
sus bellas estampas.
Miré la azul lejanía,
que de sirenas parecía;
tendí la vista anhelante,
suspiré, y, cantando amante
hasta aquí llegué...
¿Por qué? ¡Me envía Amor,
Y soy Trovador!”

Modulando con claridad las italianas palabras, Luys Gallardo percibió un tenue susurro aumentar al terminarse su canto.

Tenía un extraño desconcierto, como todo aquel que se halla cercano a un misterio que va a revelarse.

De pronto, aun abrazando su laúd, y cuando acababa de pasar la hendidura y veía ante sí un circulo de arenas desierto, abatiéronse sobre él raras serpientes que enroscáronse por su busto, brazos y piernas...

Eran lianas entrelazadas sólidamente, y sinuosas, ágiles, fueron apareciendo las que acababan de aprisionarle lanzándole aquellas lianas que a modo de lazo lo sujetaban.

Vestían un corto chaleco azul y una larga falda verde que ceñía sus piernas hasta los pies.

Una de ellas, llevando en la diestra un largo estílete, se aproximó al prisionero.

Luys Gallardo había ya tenido tiempo de cerciorarse que eran mujeres normales, y aun que algúna de ellas nada tenía de pecadora tentación, sino más bien de modosa doncella tímida,

—¿Quién eres tú?—preguntó la del estilete amenazador.

—Lo oíste, bonita. Un trovador errante.

—Mientes... Eres un enviado de los Faunos.

—¿Los Faunos?—Y Luys Gallardo, rodeado de mujeres, emitió una sonora carcajada de regocijo.

Tan sincera y comunicativa era su risa que alguna de las sirenas rió también, a pesar de esforzarse en contener aquel humano desahogo.

Pero la que al frente de ellas estaba, serio el semblante, dijo:

—Vimos tu nave, y sabemos que con malos fines vienes.

—Ver, viste bien; pero alardeas de un saber improcedente. Si mal os deseara, ¿acudiría solo, sin armas, cantando y confiado? La curiosidad me guía, pero muy hombre soy para ningún mal haceros, ni con falacias pretender engañaros. Además, reconoced mi temeraria imprudencia, puesto que si por sirenas mitológicas os tomé, y veo que mujeres deliciosas pero muy italianas sois, la única acusación que podéis hacerme es la de ser curioso, pero sin mal fin. ¿Y qué faunos citas, preciosa?



—...y qué faunos citas, preciosa.

—Los Trozzi, que execrados sean hasta la muerte.

—Para mí tan desconocidos son los faunos como los Trozzi. Español soy, de Córcega vengo y sin rumbo navego. Y Luys me llamo, y por Gallardo me apodaron.

Una de las que sonrientes se mantenía tras la primera, susurró:

—Verdad debe ser, Carlina. No parece alma de esbirro al servicio de los malditos Trozzi.

—No fiéis, amigas mías—discurseó Carlina—. Los Trozzi son tan astutos y perversos como malvados. Pueden haber elegido a este...

aventurero, cuya traza es... noble y atractiva, para... engañarnos... Seguramente los hombres que él manda estarán desembarcando y pronto nos rodearán.

Todas miraban hacia el mar.

—¡Muerte nos daremos antes que regresar á Capri!—exclamaron algunas.

Luya Gallardo miró a la llamada Carlina.

—La nave al pairo está aguardándome. Ningún hombre ha pisado esta isla, puesto que mí escudero en la chalupa me aguarda. Vine por curiosidad, porque, no siendo de mar, no tengo supersticiones, y, por lo tanto, quise averiguar qué misterio había en esta desierta isla, donde el sol ponía fulgores de oro en bellas estatuas de náyades.

—Solo ha venido, Carlina —dijo otra.

—Su nave lejos está, y no hay peligro...—añadió otra.

Carlina Zanni intentó un débil sarcasmo:

—¿Nos vamos a comportar como las sirenas que pretendemos ser? ¿Bastará que aparezca un... trovador, para que, como mujeres sensibles y casquivanas, estemos ya dispuestas a adormecer nuestro recelo?

Había ido el trovador hinchando el tórax con fuerte presión. De pronto distendió los músculos, y las lianas que rodeaban su busto cayeron hasta su cintura.

Retrocedió, porque, al adivinar su gesto, Carlina Zanni, en alto el estilete, se abalanzó, dispuesta a herir...

Pudo coger al vuelo la delicada muñeca, y en rápido gesto sus labios rozaron los femeninos de la agresora.

—¿Qué mal te hice ni te hago, preciosa? Me quisiste herir sin razón, y yo te beso sin invitación.

Presa por el brazo, Carlina Zanni, llameantes los ojos, gritó:

—¡Atacadle!

—No lo harán, porque saben que no soy de los que a damas ataca. Recapacita, Carlina, y que el temor que todas parecéis experimentar hacia algo para mí desconocido no te haga perder el buen sentido.



Todas miraban hacia el mar.

—¡Me has besado, insolente trovador!

—Me quisiste herir, deliciosa reina de sirenas. Y es tu aliento virginal, y tienes la esquiva torpeza de damita inocente, que nunca besó ni acarició. Mirad todas hacia el mar, sirenas. ¿Qué veis? Un bajel en cuya proa hay el diosecillo Amor. Es blanco, nítido, limpio de negruras... Porque es mi nave cómo soy. Está al servicio de la mejor pasión humana, cuando es pura y noble.

Había soltado la diestra de Carlina, sin quitarle el estilete. Y todas, al igual que Carlina, miraban hacia el mar, contagiadas a su pesar por la grata voz del que siguió, más que hablando, recitando:

—Abunda demasiado el cenagal humano en maldades, para que yo, de noble cuna, y que villanías aborrezco, sirva de instrumento a nadie y menos al Mal. No es despreocupada curiosidad la que ahora me impulsa. Veo que el temor os aprisiona, aunque libres pareceis.

Había ido desprendiéndose de las lianas. Terció de nuevo al hombro el laúd, e hincó una rodilla en tierra.

—A ti, Carlina, por dama te elijo, como trovador andante. Confía en mí, y si remediar puedo vuestra extraña situación, yo, los que me acompañan y ni nave, a vuestro servicio están.

Carlina Zanni tiró al suelo el estilete. Su voz tuvo ahora dulzura:

—Levanta, trovador. Te creo..., ¡queremos creerte! Pero nada puedes para remediar la tragedia de nuestra vida.

—Por ver sonreír vuestros ojos y oír cantar en vuestras almas la dicha de amar, sin jactancia os afirmo que morir por vosotras se me antoja bello vivir en el altar de vuestros corazones. Consentid en explicarme la razón que os hace vivir ocultas y manteniéndoos alejadas de la humana relación.

Carlina miró a sus compañeras, las cuales asintieren, aunque visible era que lo consideraban meramente una conversación sin resultados positivos.

—Antes pedirte quiero tu palabra de honor, Luys Gallardo, de que no revelarás nuestro escondite, donde nos vestimos así para que si marino nos viera, lo creyera mito y por superstición no se acercase. Si hoy nos has descubierto es porque la compañera que desde lo alto otea el horizonte, y nos tiene que advertir si se aproxima nave alguna, lo hizo tardíamente. Dispuesta estoy, en nombre de todas, a revelarte nuestra tragedia, porque será así disculpable nuestro recibimiento.

—Tienes mi palabra de honor de que nada he de revelar sobre cuanto me digas, ni acerca de vuestro voluntario refugio, apartado de toda humana sociedad.

Algunas sentáronse, y lo hizo el trovador invitado por Carlina, que empezó a decir:

—Hoy nos ves ariscas y recelosas. Fuimos alegres y confiadas... hasta que los Trozzi, con sus ejércitos y contando con el beneplácito del Duque de Nápoles, usurparon el natural señorío de nuestro Gran Duque, asesinándolo alevosamente y substituyéndolo, para mal de los habitantes de Capri, nuestra amada isla natal.

Escuchaba con atención Luys Gallardo, y veía como, a medida

que avanzaba la narración de Carlina, algunas lloraban silenciosamente, en actitud de resignada pena.

—Yo soy Carlina Zanni, y mis padres fueron injustamente acusados de conspirar contra los Trozzi, y éstos los hicieron decapitar. Abrumada de dolor, juré venganza. Uno de los Trozzi, el nefasto fauno llamado Umbrío, puso sus ojos en mí..., con torpes pretensiones. Pedí ayuda a viejos amigos de mi familia, pero el terror reina en Capri y nadie se atreve a desafiar al tirano Matteo Trozzi, el Gran Duque impuesto por la fuerza de las armas. Estas que conmigo ves, tienen parecidas razones para odiar a los Trozzi. Cuatro son ellos, y no engendró el infierno peores abortos de maldad. Matteo Trozzi, el padre, es aparentemente un gran señor, pero goza viendo a sus tres hijos sembrar el terror. El hijo mayor, Falco, hizo destrozar por sus perros al prometido de Lauretta...

La mirada de Carlina señaló a una que, ocultando el rostro entre las manos, sollozaba al recuerdo.

—¿A qué seguir narrando horrendas villanías? Los Trozzi, Matteo, Falco, Umbrío y Trentino, son crueles tigres de aspecto humano, aunque la dureza de sus facciones y la violencia de sus caracteres los hace temibles de ver. Reinan en la isla, porque sus esbirros numerosos acuchillan sin piedad a quienquiera se atreva a levantar la voz. Ningún caballero osa desafiarlos, por temor a represalias sangrientas. Nosotras, un día, cuando nos encontrabamos al final de nuestras fuerzas resistiendo los malos deseos de los Trozzi, decidimos...

—Tú fuiste, Carlina, la que con valentía nos propuso huir— intervino una de las oyentes.

—Fuí yo la que os dije que nos uniéramos, y sin decir a nadie nada, en pequeño bajel que sin dueño quedó al sucumbir sus poseedores a manos de los esbirros de los Trozzi, partiéramos hacia esta islita desierta, donde los arroyuelos nos dieran agua y los arboles y aves alimento. Y aquí, con la esperanza de que algún día los Trozzi y sus secuaces perecieran, vivimos esperando... y desesperando.

—No llores más, Carlina. El mal triunfa por poco tiempo...

—Pienso en nuestras tres mejores amigas: Giulia, Nela y Fiorenza, que habrán muerto ya, porque antes que ser juguete de las inmundas pasiones de los Trozzi, preferirán no vivir la existencia de humilladas y tristes esclavas que otras sufren. Esta es la explicación de los motivos por los que aquí nos ves, trovador. Y nada puedes, pese a tu ánimo caballeroso y a tu viril valentía.,.

—Por de pronto, sí puedo arribar a la isla y...

Con impulso gozoso levantóse Carlina Zannl juntas las manos como en fervorosa plegaria.

—Si después de lo que sabes no te amilana el ir a nuestra isla, salva a mis amigas, si sobreviven. Son Giulia Dattorni, hija del conde Dattorni, Nela Messica y Fiorenza Gherlina. Y tu nave nos parecerá bajel de maravilla... si aquí con nosotras se reúnen ellas.

—Más quiero — replicó, sonriente, Gallardo— ¿Qué son para mí los Trozzi y su manada de verdugos? ¿No te elegí por mi dama, Carlina? Pues por ti y tu corte de sirenas juro sucumbir o vencer...

—Loca empresa es...—empezó ella a decir, apenada.

—En cada trovador caballero alienta una brizna de genial locura, mi dama. Y muchas veces triunfamos, porque los ángeles del Bien nos favorecen con la estrella que como hada protege al que de Eva sale en defensa. Mirad la nave que dardo amoroso lleva en su proa... Volverá triunfante. Hasta pronto, y sonreíd. ¡Luys Gallardo es vuestro paladín!

Con ágil salto, Luys Gallardo encaramóse en una roca, y desde ella, con la punta de los dedos tocando sus labios, lanzó un risueño beso a las que le miraban atónitas, y desapareció.

Carlina Zanni quedóse unos instantes sobrecogida. En la silueta esbelta y atlética del trovador habíale parecido vislumbrar la figura de un esforzado paladín de quimera, riente y jovial, que cumplía lo que prometía.

Pero, endurecida por el infortunio, murmuro, audiblemente para sus amigas:

—Era leal y apuesto el trovador, amigas mías. Pero no lo volveremos a ver. Seguirá su rumbo sin tocar en Capri... Démosle gracias, porque nos dió esperanzas, y seguras estamos de que no revelará nuestro refugio.

Melancólicamente, ellas se dispersaron hacia el bosquecillo cercano. Y alentaba una débil esperanza en sus corazones, pensando en el gallardo aventurero, cuya voz era mágicamente emotiva y cuyos ojos sabían acariciar sin impudencia, con alegre descaro simpático.

* * *

Bembo despertóse sobresaltado.

—¡Feliz perillán, que siempre en el limbo de la modorra te encuentras! ¡Trabaja, holgazán! Tensa vela, y raudos a bordo... ¡Hallé mi nueva dama, gordinflón! Y bella cual romance antiguo es mi nueva ruta. ¡Rescataremos doncellas y aplastaremos faunos! ¡Tensa la vela, tritón! Impulsa las velas de mi corazón, la gran

ilusión de que Capri vuelva a ser la dulce isla de las lindas y honestas sirenas.

Capítulo III

UMBRÍO TROZZI

La bella ciudad de Anacapri, capital de la isla, extendíase en la maravillosa ensenada, rozando sus albos muros con el mar y elevándose progresivamente hacia la altura montañosa donde se erigían como atalayas los castillos del señorío.

Un señorío que había dejado de serlo efectivamente, sojuzgados por el terror que inspiraban los bien organizados grupos combativos traídos por Matteo Trozzi y sus hijos, los usurpadores.

A diario, desde el advenimiento de los Trozzi, los espectáculos sangrientos y tristes enlutaban las calles. Y por esto, casi con cotidiana indiferencia, los habitantes veían transitar, o bien grupos de esbirros llevando prisioneros, o rodeando casas para sacar de ellas violentamente a sus moradores, o cortejos fúnebres.

Uno de estos cortejos, suntuoso por los enjaezamientos de cabalgaduras y por los atavíos de los que, compungido el ademán, seguían tras el blanco féretro, llevado entre cuatro caballos, atravesaba a lento paso las calles, dirigiéndose hacia el camposanto.

Escasos eran los seguidores, compuestos exclusivamente de familiares de Giulia Dattorni. Ninguna amistad atrevíase a que con su presencia pudieran los espías de los Trozzi acusarle de reprochar la muerte de la que, joven, hermosa y rica, había preferido envenenarse, a sucumbir a los infames requerimientos de Umbrío Trozzi.

Tan sólo Giuseppe Neris, el prometido de la difunta, andaba, lívido y descompuestas las facciones, tras el ataúd. Era la viva estatua del dolor y a la vez del remordimiento.

Pensaba que si habíale sido imposible luchar contra Umbrío Trozzi, debía haber huido, raptando, si era preciso, a la que no quería abandonar su suelo patrio y su hogar.

En el camposanto, los jardines bien cuidados y la verdosa arboleda encubrían lo lúgubre del lugar, dándole casi apariencia de rincón campesino para para regocijo de la vista.

Los Dattorni tenían su panteón familiar en el final de una alameda. Era un túmulo esculpido en mármol rosa con el escudo de la casa. Su interior al que se llegaba descendiendo una escalera del mismo material, estaba dividido en varios compartímientos.

A uno de ellos iba a ser trasladado el féretro que contenía los

restos mortales de Giulia Dattorni, para ser depositado el cadáver en el catafalco de piedra.

Absortos en su dolor, los familiares cesaron de pronto en sus afligidas posturas, para plasmar en sus semblantes una expresión en que el odio y el temor se entremezclaban.

Un individuo, seguido por otros cuatro jinetes irrumpía en la alameda, a todo galope.

Vestía ricas ropas, y su continente era arrogante y sombrío. Descabalgó de un salto, con destreza que denotaba su fortaleza y un cuerpo acostumbrado a violentos ejercicios.

Umbrío Trozzi, velludo, brutal, de peludas cejas copiosas, mandíbulas rapaces, carnosa nariz recta, negros cabellos y ojos, tenía en el delgado dibujo de los labios impreso el carácter de crueldad.

Esbozó una risa sarcástica.

—Hola, señores de Dattorni. Celebraréis que la muerte me venciera, arrebatándome mujer que me enamoró.

El conde Dattorni sujetó por los hombros, en aparente abrazo confortador, a Giuseppe Neris, que, crispados los puños y demudado el semblante, hallábase al borde de la temeraria desesperación.

—Cumplisteis ya con vuestra obligación. Dejad ahora que sea yo el que con este cobarde proceda a dejar a Giulia en su último lecho.

El conde Dattorni avanzó unos pasos.

—Os suplico, Excelencia, que me permitáis.

La diestra de Umbrío Trozzi, en recio revés cruzó el rostro del anciano conde.

—He ordenado que os vayáis. ¡Fuera, presto! ¡No quiero que mis servidores os fustiguen a estoconazos! ¡Partid!

Los condes Dattorni obedecieron, con sus familiares. Los cuatro esbirros que acompañaban en personal escolta a Umbrío Trozzi, empujaban rudamente con los pomos de sus estoques a la familia...

Al desaparecer ellos al final de la alameda, regresaron los esbirros, que se colocaron formando un cuadro, en cuyo interior, Giuseppe Neris, trémulo, miraba al que, frente a él, rió desagradablemente.

—Ha muerto, Giuseppe. Se nos fué. Nos burló. Te invito a ayudarme. Entre los dos, por derecho de amor, depositaremos a Giulia en el catafalco que acogerá su virginal pureza sin mancilla.

Los Trozzi poseian la brutal convicción de su valía, que por la fuerza se imponía. Pero eran, además, por naturaleza, autoritarios y dotados de carácter de conductores de masas.

Giuseppe Neris, luchando con su dolor, temor y cólera,

obedeció, no obstante. Acariciaba un proyecto vengador y suicida.

Llevando sobre sus hombros la cabecera del féretro, oyó la gruesa voz imperiosa de Umbrío Trozzi ordenar:

—Vigilad la entrada.

El hijo del Gran Duque usurpador sostenía por el extremo posterior el ligero féretro.

Oyó también el atribulado joven a uno de los secuaces decir:

—Un trovador vagabundea por el camposanto, Excelencia.

—Déjalo—rió Umbrío—. Les gusta a esa gentuza inspirar sus lamentos ante tumbas de presuntas vírgenes supuestas bellas. Si se acerca, dadle muerte. No quiero importunos. ¡Avante, Giuseppe! Desciende con tino las escaleras. Llevamos carga preciosa.

La penumbra del subterráneo quedó disipada cuando Giuseppe Neris aplicó las chispas del pedernal contenido en el soporte de una antorcha, a la resina.

Brotó la llama de luz. Umbrío llevaba a solas el féretro, pero no dejaba de observar por el rabillo del ojo a su acompañante.

Colocó la fúnebre caja en el interior marmóreo del catafalco. Y entonces, apoyándose contra la piedra, desde lo alto de los dos escalones, cruzó los brazos, riendo.

Su mirada satánica galvanizó a Giuseppe Neris.

—¡Respeto os pido, Excelencia, para la que duerme eternamente!

—Hora era que te oyera hablar varonilmente, Giuseppe. ¿Por qué no lo hiciste antes? Anda, habla, no tengas miedo. Estamos solos, ¿Me odias, Giuseppe?

—Giulia se envenenó… ¡para librarse de ti, maldito verdugo!

Lo que siguió fué brutalmente rápido. Enloquecido, Giuseppe Neris se avalanzó, desenvainando. Pero Umbrío Trozzi, previniendo su acto, saltó hacia delante, en alto su puñal, que, certero, hundía por dos veces en el cuello del joven.

—¡A esto te conduje aquí, Giuseppe Neris!

Mortalmente herido, Giuseppe Neris retrocedió, cayendo de sus manos espada y daga… Oyó, agonizante, la voz que iba llegando cada vez más lejana a sus oídos:

—Ahora, tal como corresponde, estamos solo; ella y yo… Ni siquiera ahora has sabido defenderla Giuseppe Neris…

Cayó de bruces, muerto, arañando el suelo en impotente esfuerzo por asir las piernas hercúleas del brutal sádico.

Umbrío Trozzi se aproximó de nuevo al féretro, en el que, vistiendo blancos ropajes vaporosos, coronada de blancas flores, Giulia Dattorni, cerrados los párpados, era una bella estatua de alba

tez.

Y, de pronto, hasta el propio Trozzi sintió miedo. Miró atentamente a la que yacía.

Recorrieron sus ojos el rostro, el busto y las entrelazadas manos. Y Umbrío Trozzi sintió que que el pánico erizaba sus cabellos...

Pero repentinamente calmóse, para reír siniestramente. ¡Giulia Dattorni estaba viva!

Aproximóse, y mintió, hablando suavemente:

—Lo comprendí todo apenas te vi, Giulia. Engañaste a todos, pero no podías engañarme a mí. Has fingido un veneno, convenciendo al galeno de vuestra familia, y pensabas así poder escaparme. No comprendiste que aun muerta no puedes librarte de mí?

La respiración agitada que había delatado a Giulia Dattorni hízose más visible en el aleteo de su seno. Y temblaron sus entrelazadas manos...

Lanzó un grito de horror al percibir que sobre el féretro se inclinaba, ardiente el aliento y encendidos los ojos, Umbrío Trozzi.

Alzó el busto, mientras el sádico napolitano se enderezaba, riendo con grosero refocilamiento.

—Estamos solos, Giulia. Tal como quería. No grites, porque es inútil. Vas a ser mía, y después.... ocuparás con legítimo derecho este lugar. Romántica muerte, Giulia. A tu lado, el imbécil de Giuseppe que no supo defenderte. Y así sabrás que a ningún Trozzi se le escarnece.

Muda de pavor, ella hacía violentos esfuerzos para intentar hablar coordinadamente.

Umbrío Trozzi prolongaba la atroz coyuntura.

—Mucho honor te hice al elegirte, siendo tantas las bellas que Capri dió para nuestro goce. Me huiste...

Con un hilo de voz, aplicadas las manos en gesto pudoroso sobre el seno, Giulia Dattomi balbució:

—Nunca por esposa me pedisteis, Excelencia…

La risotada de Umbrío resonó, ampliada por las bóvedas.

—¿De cuándo acá, insensata, un Trozzi se casa? Elige, goza, y se va. No somos hombres que para maridos nacimos.

Una expresión extraña en el semblante de Giulia hizo que Umbrío Trozzi la mirara con sorpresa.

Parecía como si una absurda esperanza alentara en la futura víctima.

—¿Qué esperas, Giulia? Estamos solos, y cuatro de mis fieles y bravos perros están...

—Estaban.

La única palabra pronunciada por Luys Gallardo hizo saltar como bajo el pinchazo de un aguijón a Umbrío Trozzi, que, separándose del catafalco en rápida vuelta, miró iracundo al recién llegado.

—¡Maldito imbécil!... Eres el trovador que... ¡Vete!

—Arriba hay cuatro menos de la piara. He venido por ti, a terminar con tu malsana vida.

Capítulo IV

LA RESUCITADA

Umbrío Trozzi tenía costumbre de imponer pavoroso respeto por donde apareciera. Tardó unos instantes en reaccionar.

Fué con ímpetu demoledor como, en alto espada y daga, abalanzóse hacia el que aun no había desenvainado.

Giulia Dattorni, saliendo de su fúnebre acomodo, quedó en pie, próxima a desvanecerse. Quería alcanzar las escaleras y huir, pero sus pies se negaban a ayudarla en su propósito.

Parecía como si la paralizara la sucesión de violentas emociones. Veía las anchas espaldas de Umbrío Trozzi que atacaba con denuedo. Y sentía esfumarse sus esperanzas...

¿Qué podría un trovador caballeroso contra el ímpetu del hábil y fuerte guerrero que era Umbrío Trozzi ? No sabía que, en lo alto, los cuatro cadáveres de esbirros atestiguaban la celeridad de las dagas arrojadas por Luys Gallardo.

El napolitano empezó a recobrar su sangre fría. Como experimentado duelista que era, iba reconociendo en los dos aceros enemigos armas maestras que detenían todas sus asechanzas más mortales.

En un intercambio de aceros, trabáronse las guardas, y pecho contra pecho, separados sólo por las hojas cortantes, trató Umbrío Trozzi, en recio empujón, derribar a su adversario.

Pestañeó asombrado cuando, como roquiza estatua, Luys Gallardo resistió el embate. Y, de pronto, Umbrío Trozzi se dobló hacia adelante, lanzando un gemido...

Una de las rodillas de Luys Gallardo acababa de chocar en su vientre. Y el trovador, risueño, anunciaba:

—Golpe de Bruyant. El próximo te dejará tieso.

Paró dificultosamente Umbrío la lluvia de estocadas que como avalancha interminable le acosaba en círculo mortal.

Trató de avanzar, confiando en la protección de su cota de mallas, oculta bajo el ropaje. Pero veía que ni una sola vez su adversario lanzaba sus golpes hacia otro sitio que no fuera su descubierto rostro.

—¡Gente de Trozzi! ¡Acudid!—clamó, estentóreo.



—¡Gente de Trozzi! ¡Acudid!

—Están sordos—rió el trovador, arreciando en su ataque.

La burla del desconocido produjo en Umbrío Trozzi un salvaje frenesí.

Olvidaba ya sus sacrílegos propósitos que le condujeron allí. Olvidaba la existencia de Giulia Dattorni, que rezaba fervorosa, renacida su esperanza...

Sólo quería derribar a su antagonista, torturarlo, descuartizarlo. Pero iba comprendiendo que no lo lograría a solas. Tenía ante sí a un espadachín de férreas muñecas y de diestro dominio de cuantos

recursos posee la esgrima.

Y entonces halló la oportunidad que quería. Luys Gallardo resbaló en el charco de sangre vertida por Giuseppe Neris...

Alzó Umbrío espada y daga, pero arrodillado detuvo el trovador la doble estocada.

Y entonces, enloquecido de furor, Umbrío Trozzi aprovechó el momento para subir corriendo las escaleras, mientras gritaba:

—¡Morirás, maldito trovador!

Tardó unos instantes Luys Gallardo en lanzarse en persecución de su rival. Llegó a lo alto, cautelosamente, dispuesto a repeler agresión traidora.

Vió a lo lejos, ya en la alameda, a Umbrío Trozzi montando caballo, y que, galopando a todo tranco, iba precediendo los otros cuatro caballos, cuyas riendas había cortado al salir.

Descendió rápidamente hacia abajo, y al pie de las escaleras halló a Giulia Dattorni, que, tambaleándose, avanzaba...

—Apoyaos en mi brazo, madona Giulia.

—¿A dónde vamos?...—preguntó ella, con voz tenue.

—Vuestra amiga Carlina espera.

—¡Carlina!—exclamó ella—. ¡Huyamos! Volverá Umbrío... Huyamos...

—No temáis.

Giulia Dattorni, apoyada en el antebrazo ofrecido por el trovador, andaba apresuradamente, ansiosa por abandonar el cementerio.

Sobresaltóse, y su mano rodeó con fuerza el antebrazo masculino.

—Hay... hombres... por entre los árboles.

—Es mi escolta invisible. Tranquilizad el ánimo, madona. Son mis amigos, que tercamente han insistido en servirme de sombras para intervenir en caso necesario...

—¿Por qué no acudieron cuando luchabais con grave riesgo?...

—Porque acepté la escolta a base de que fuera invisible, y que sólo interviniera si muy apurado me vieran. Y saben que consideraría grave ofensa que acudieran de no estar rodeado por más de diez hombres. Excusad la jactancia, madona. Nunca fuí modesto, porque es un lastre perjudicial.

Estaban ya en las afueras del camposanto. Delfín Lechuga apareció llevando de las riendas dos caballos.

Por entre los árboles oíase el susurro de deslizamientos. Bruyant y sus compinches estaban al acecho.

—Os presento a mi lugarteniente, madona, don Delfín.

Permitidme.

Uniendo la acción a la palabra, Luys Gallardo enlazó el talle de la joven, y, con ella en vilo, montó a caballo.

Pegó sendos taconazos, y mientras al trote primero, y al galope después, dejaban atrás el fatídico lugar, ella murmuró:

—Vuestra escolta...

—Ya darán conmigo, y, si no, mejor. Estáis ya a salvo. Dentro de unos instantes entraréis en chalupa tripulada por dos honrados marinos, la cual os llevará a velero capitaneado por prudente siciliano que se mantiene al pairo, lejos de la vista de los Trozzi. E iréis a reuniros con Carlina, que os espera anhelosamente.

—No puedo creerlo... Vuestra llegada tan oportuna ...

—Apenas llegué, inquirí por vos, ya que por Carlina sabía que erais víctima del acoso de Umbrío Trozzi. Me señalaron el cortejo..., y esto es todo.

—¿Sois... sois prometido de Carlina?

—Es mi dama.

—¿Vendréis conmigo?

—Bien quisiera, pero Carlina me habló de Nela Messica y Fiorenza Gherlina.

—Estáis... condenado a muerte. Umbrío no descansará hasta aprisionaros. Toda la isla está infestada por sus sayones... ¡Como mató a Giuseppe, os matará!

—Trataré de demostrarle que, cuando quiero, soy escurridizo y a la vez palpable. Seguid manteniendo vuestro rostro contra mi pecho, madona. Os suplico no os formalicéis por la familiaridad... envidiable... con que os abrazo, pero no quisiera que os reconocieran.

Obedeció ella, asiéndose con mayor vehemencia. Tenía miedo; estaba aún conmocionada por la recíente tragedia...

El repicar de los cascos, y la voz tranquilizadora del trovador, la impedían darse perfecta cuenta de cuanto sucedía...

—Ya vislumbro la chalupa cuyos dos marinos visten inocentes atuendos de pescador natural de la isla. Estáis a salvo.

Llegaron a la playa, y, ya en la embarcación, quedó ella oculta bajo el entoldado dispuesto en cubierta, tendiéndose sobre las almohadas con lasitud de desmayo.

Obróse en ella la reacción, y, agotada, cerró los ojos, echando hacia atrás la cabeza...

—¡Se ha desmayado, señor!—exclamó uno de los marinos.

—Mejor. Despertará lejos y tranquila. Resucitada. Decidle que

yo, Luys Gallardo, avisaré a sus padres de lo sucedido, y, como es natural, guardarán el secreto. Regresad aquí tan pronto quede a salvo a bordo del velero, y sabéis lo dispuesto. Quienquiera se aproxime a la lancha, largad vela y poneos a salvo, dirigiéndoos al otro punto elegido.

Partió la chalupa. Volvióse el trovador cuando oyó que, tras él, alguien se acercaba. y —¡Y va una, paladín de doncellas!—sonrio Delfín Lechuga—. ¿Cuál es la que sigue?

—Nela Messica.

Capítulo V

UN TROVADOR, UN “LEVANTE” Y LOS INVISIBLES

Abandonaron ambos sus caballos, partiendo hacia la ciudad. Un individuo surgió de entre peñascos y corrió hasta sujetar las riendas.

Bruyant Lartiguers y sus compinches estaban muy adiestrados en el arte de semejar vagabundos juglares, y para casos concretos aprovechar todos los accidentes naturales o artificiales para no hacerse visibles de aquel a quien acechaban o, como ahora, escoltaban.

Un trovador y un “levante”, si bien no inspiraban excesiva confianza en aquellos tiempos, tampoco hacíanse sospechosos yendo como iban Luys Gallardo y Delfín Lechuga, aparentemente solos.

—Fea jeta tenía el que salió echando espuma, después de tú visitarlo, paladín.

—Peor la tendrá cuando lo vuelva yo a ver.

—¿Y no se te ha ocurrido, don Luys, que mortal eres y los Trozzi son los amos de cuanto vemos y olemos?

—Me decepcionas, “Siete Vidas”—sonrió el trovador—. ¿Es que acaso hay amos donde nosotros andamos?

—Gran verdad es que los Trozzi corren gran peligro—dijo, zumbón, el castellano—. Me admira la descarada seguridad con que te comportas. ¿Entramos al asalto en casa de los Messica?

—Primero averiguaremos dónde anidan.

—Entonces, ya que Bembo dolorido y tristón a bordo quedó, yo haré sus veces muy halagado y mejorado.

—Bembo es un buen gordinflón y no quiero exponerle a percances. No creas que no me doy cuenta de la dificultad de lo que me he propuesto. Pero ya te dije una vez que, aunque no lo grite, mi clamor de lucha es: “¡Atrás, que a por la muerte vengo!”. Y la oculta voz de mi íntimo ser debe poseer un sortilegio, porque la muerte huye. ¿No viste? En el túmulo entró un féretro conduciendo preciosa muerta, y salió con vida.

—Bruyant y los suyos se persignaban que era un encanto. Empiezan a creerte brujo..., y yo, también.

Explicó Gallardo la estratagema a la cual había acudido Giulia Dattorni para escapar al asedio de Umbrío Trozzi.

—¡Vaya bestia!—comentó, airado, Delfín—. Si me lo tropiezo...

—Lo saludas. Me pertenece.

—Tal vez lo encuentres en casa de los Messica.

Un ambulante vendedor de frutas, intranquilo ante los fieros mostachos y el andar jacarandoso del castellano, se hizo muy locuaz al ver la amabilidad con que el "levante" inquiría:

—Por forastero, ¿podéis informarme, buen hombre, del lugar hacia dónde cae la mansión de la dama Nela Messica?

—Seguid, caballero, esta misma calle. Torced a la derecha; después, volver la primera esquina, y después...

—Un florín para vos si de guía me servís.

—Gustoso, Excelencia—dijo, alborozado, el vendedor, palpando amorosamente el florín—. ¿Sois forastero ?

—Buena pupila y oído, buen hombre.

—Entonces..., no os toméis a mal si os declaro que madona Nela es cortejada por Trentino Trozzi.

La entonación fué curiosa. Al pronunciar el nombre femenino la voz era normal, y al silabear los masculinos, parecía morder...

—Vuestro compañero, el señor trovador, ¿desea quizá obsequiar con serenata a la bellísima madona Nela?

—Algo de esto hay.—Y, andando, "Siete Vidas" continuó valiéndose de la locuacidad del propineado.

—¿Es muy celoso el llamado Trentino Trozzi?

Estupefacto, el vendedor ambulante casi dejó caer su canasta.

—Pero... ¿es que ignoráis quiénes son los Trozzi?...

—Ni la más remota idea, ¿verdad, don Luys?

Luys Gallardo asintió. Deambulaba observando a cuantos con él se cruzaban. Veíase que, sojuzgados y temerosos los habitantes da Capri, iban a sus quehaceres sin entretenerse en curiosear.

—Trentino Trozzi... es el menor de los Trozzi; hijo del Gran Duque que nos gobierna. Y... Hermoso día, ¿verdad, Excelencia?

Unos individuos armados y de torvo aspecto pasaban por la calle. Miraron unos instantes al castellano y al trovador.

Siguieron su camino. El vendedor ambulante respiró, afanoso.

—Son del grupo de Trentino Trozzi, Excelencia. Mirad... Aquélla es la mansión de los Messica. ¡Adiós!

Y, corriendo, se alejó.

—Mirad, don Luys. Aquella es la mansión de los Messica.

—Adiós—replicó, riendo, el trovador.

—Voy contigo.

—No. Vuélvete invisible, Delfín. Un trovador tiene fácil entrada donde no pisa un "levante" matachín.

—Suerte. Tengo ya deseos de que las tres damas que viniste a rescatar del dragón de los cuatro ogros queden en la isla de las sirenas. Y así, libres de inquietud, poder cortar las cabezas del dragón.

Alejóse el “levante” para, poco después, adoptar junto a Bruyant Lartiguers, reclinado contra una columna de la plazoleta que daba frente a la mansión donde acababa de penetrar Luys Gallardo, una postura indolente de haragán soleándose.

El loro graznó al llegar el castellano:

—¡Viva el follón! ¡Farra, gresca y camorra!

—Gran verdad—aprobó el recién llegado—. Como también lo es de que no somos invisibles.

—Estar muy a la vista, en ciertos casos, equivale a ser inocentemente invisible. No hay malezas ni quicios aprovechables, ni penumbrosas tapias. Gran tipo nuestro jefe, don Delfín. ¿Os explicó el milagro?

Narró lo sucedido el castellano, y los claros ojos color ceniza del gascón se hicieron densos como cuando se disponía a embestir.

—¡Canalla de fiera! Chitón, “Coclicó”, que ahora grazno yo. Ojead lo que por allí se acerca.

Una decena de jinetes, llevando al frente a Umbrío Trozzi, avanzaban por una de las calles que desembocaba en la plazoleta.

—Creo, Bruyant, que por fin tendremos el gusto de hacer un poco de ejercicio.

—Me vendrá de perlas, porque quiero practicar el cabezazo de Lascar.

—Umbrío pertenece a nuestro jefe.

—¡Ah!... Hicisteis bien en advertírmelo.

Cuantos deambulaban por la calle en que los jinetes pasaban, adheríanse a las paredes, y con abyecta humildad, obedecían lo ordenado: quitarse el cubrecabezas y quedar inclinados al paso de cualquiera de los hermanos Trnzzi.

—¿Saludamos, don Delfín? Mis compinches son muy respetuosos con lo que decía mi abuelo: “Donde estuvieres, haz lo que vieres”.

—La orden de nuestro jefe es clara: No llamar la atención. Saludemos, pues, y nos desquitaremos cuando llegue el momento de hacer ejercicio, ya que presumo que se dirigen a la casa que se honra con la presencia del galante trovador.

Quitóse el “levante” su chambergo para saludar pomposamente en amplio gesto al paso de Umbrío, mientras el gascón, capuz en mano, inclinaba la cabeza. pero mirando a la comitiva.

Umbrío detuvo de pronto su caballo en brusco tirón. Le obligó a

avanzar, y sintió Delfín Lechuga el resollar del corcel ante su rostro. Levantó la cabeza.

—Hola, “levante” — interpeló Umbrío—. ¿De dónde procedes? Soy Umbrío Trozzi, por si lo ignoras.

—Anoche desembarqué, gran señor. Vengo de napolitana comarca, donde guerreé, y empleo a mi espada busco.

—Preséntate en palacio, que los Trczzi aceptamos buenas espadas si nos dan prueba de serlo. Y facha tienes de servir.

—Gracias, generoso príncipe.

—¿Es tu escudero el que te acompaña?

—Sí. Magnífico.

—¿Habéis visto por acá transitar a un hombre con laúd terciado al hombro, capichuela roja y...?

—¡Le hemos visto, gran principe!—exclamó Bruyant.

—¿Dónde?—inquirió Umbrío, ávido, inclinándose sobre el cuello de su montura.

—No hará ni cinco minutos que, a caballo y al paso, por aquella calle se dirigía hacia el sur de la ciudad...

—¡Sus!—gritó Umbrío Trozzi, picando espuelas.

Brotaron chispas de los adoquines, al galopar los cascos lanzados en la dirección señalada por el gascón.

Rió suavemente el castellano.

—¡Qué mal rato he pasado, amigo! Tenerlo así tan cerca de mi hocico, y no poderlo acogotar. Pero pertenece a nuestro jefe..., y ahora éste tiene que solucionar el rescate de la segunda doncella. Estuvisteis genial, Bruyant.

—Ahí va lanzado como un canelo rabioso, y así don Luys puede pulsar tranquilamente su laúd. ¡Sopla! ¿Vuelve ya el cerdo velludo?

Oíanse los inconfundibles rumores de una escolta a caballo. Por calle opuesta a la que tomó Umbrío Trozzi, una treintena de individuos desembocaron al lento paso de sus caballos.

Sus ropas tenían la misma particularidad que la de los que escoltaban a Umbrío Trozzi, con la única diferencia que, además de estar acuchilladas en el doble color rojo y morado, llevaban airón azul en sus gorros, mientras que los de Umbrío ostentaban airón amarillo.

—Esto promete—aseveró Bruyant.

Varios de los jinetes avanzaron. Iban exclamando:

—¡Despejad, despejad!

Veíase que era admonición continua, porque en la plazoleta sólo estaban Delfín y el gascón.

—¡Al servicio de su excelencia nuestro Magnífico señor Umbrío!

—gritó, engallándose, el “levante”.

Los esbirros oyeron, y dieron por descontado que nadie tendría la imprudencia de proclamar un embuste con tanta seguridad.

Fueron rodeando la plazoleta en grupos de cinco. Descabalgó sólo uno de ellos.

Tenía parecido con Umbrío Trozzi, pero sus rasgos eran más afinados, y aunque también de robusta constitución, daba la inmediata impresión de pujanza,

Miró unos instantes, con inexpresivos ojos, a los dos hombres reclinados contra la columna, que, al verse observados, destocáronse, saludando.

—Ya verás lo qué, es bueno cuando entres—bisbiseó entre dientes, inclinado, el gascón.

Hizo una señal Trentino Trozzi. Avanzó un grupo de cinco jinetes, y atendiendo la indicación del índice de Trentino, dirigiéronse hacia los dos.

—¡Su excelencia os llama!

—Allá vamos los tres—replicó el gascón.

Acercáronse al lugar, cercano al umbral del domicilio de los Messica, donde aguardaba Trentino Trozzi.

—¿Sois juglares?—inquirió.

—Vuestro servidor lo es a ratos, gran duque. Pero acostumbre ser el escudero del caballero “levante”, que acaba de entrar al servicio de su excelencia Umbrío.

—Lástima...—murmuró Trentino—. Tu inmundo pajarraco me hubiera divertido. ¿Qué hacéis por estos contornos?

—Aguardar la escolta de vuestro hermano, que cita aquí nos dió, excelencia—mintió el castellano.

—Por esta vez os perdono, pero sabed que donde estoy, no quiero fisgones.

Y sin más, Trentino Trozzi despidió, con gesto perentorio, a los dos aventureros.

Era en él sempiterna costumbre nunca volver la espalda a quien despedía, ni admitir personas aun de su confianza, tales como hermanos, tras él.

Torció la boca, delgada en aviesa mueca, cuando, al murmullo sólo audible por “Coclicó” del gascón, graznó el loro, agitando las alas:

—¡Alegría, alegría! ¡Abajo el malhumor y arriba el ánimo!

Regresaron al lugar que antes ocupaban, y una vez allí, murmuró Delfín Lechuga:

—Ya se aproxima el momento, Bruyant. El simpatiquísimo

Trentino penetra en casa de la virtuosa doncella Nela Messica.

Capítulo VI

LA DEFENSA DE NELA MESSICA

Las continuas y asiduas visitas de Trentino Trozzi a la casa donde residía Nela Messica, suscitaban muy diversos comentarios que a la chita callando y con grandes precauciones intercambiaban los vecinos de la morada.

Dando por imposible que un Trozzi tomara por esposa a una natural de la sojuzgada isla, y sabiendo que Trentino era el más voluble de los hermanos, ¿cómo era posible que Nela Messica siguiera con vida, y alzara altiva la cabeza en su balcón?

Su honestidad había sido hasta entonces indiscutible. ¿Poseía hechizos? ¿Cómo explicar que desde hacía dos semanas, la corte de Trentino Trozzi hiciérase más apremiante, habiendo días en que acudiera hasta cuatro veces de aurora a crepúsculo?

Únicamente el propio Trentino hubiera podido dar respuesta cumplida a tales preguntas. Desde la llegada de los Trozzi, no había salido a la calle. Era bellísima, con sazonada, hermosura de lozana morena esplendorosa.

Vivía Nela Messica a solas con su madre. El hijo del usurpador empezó a rondarla, debido a una imprudencia de Nela, que asomada en su balcón no tuvo tiempo de retirarse al pasar al galope Trentino Trozzi.

Éste frenó su montura. Descabalgó, y accionó sin rudeza el aldabón.

Una mujer de unos cincuenta años apareció, que fué saludada con displicente cortesía.

—Soy Trentino Trozzi, y deseo ser recibido por la dama que estaba en el balcón.

La mujer se apartó. Deslizábanse por su mejillas lágrimas ardientes, y sus labios temblaban…

Trentino Trozzi abrió al máximo los ojos cuando ante él apareció Nela Messica. Saludó con su habitual empaque desdeñoso, pero sus pupilas brillaban iluminadas de sensual pasión.

—Soy…

—Sois Trentino Trozzi. Lo oí. Madre, podéis dejarme a solas con el señor. Os dije, madre, que nada debemos temer.

Trentino Trozzi sonrió malignamente al irse la mujer. Señaló Nela un escabel.

—Tomad asiento, si cansado estáis, señor.

—Amable invitación.

—La isla y cuanto contiene pertenece a los Trozzi.

Una sombra de desilusión pasó por los rasgos expresivos del usurpador. Sentóse casi con enojo. No gustaba de fáciles victorias.

Sus pupilas volvieron a encandilarse, al oír lo que seguía diciendo, con serenidad, Nela Messica:

—Pero hay algo que nunca podrán los Trozzi vencer, y es la repulsión que inspiran a toda mujer honrada.

—¡Madona! ¿Olvidáis acaso que por mucho menos mis personales verdugos han cortado cuellos tan blancos aunque menos lindos que el vuestro? Y por cierto, ¿cuál es vuestro nombre?

—Nela Messica.

—¿Vuestro prometido?

—No lo tengo.

—Imposible. Mentís... oh, perdonad; digamos, que alteráis la verdad. Es increíble que siendo tan bella permanezcáis sin amor.

—Lo tuve. Era mi marido. Murió luchando contra vuestros soldados y verdugos.

—Brava sois, cual tentadora. Es mi placer preferido, domeñar temperamentos como el vuestro. Esta noche acudiréis a cenar en Palacio. El Gran Duque da un festín en honor de la boda de su bufón predilecto con la moza del tabernero Rocco. Os invito, y seréis mi...

—No salgo de casa ni saldré en tanto un solo Trozzi esté con vida, y de continuo rezo, para que pronto quede libre Capri de la plaga.

Trentino Trozzi gustaba de ser odiado. Pero aborrecía la valentía ajena.

Levantóse... y volvió a sentarse, riendo. Nela Messica, cuya diestra estaba oculta a la espalda, acababa de esgrimir un pequeño estilete.

—Vuestro seso de viuda debe estar reblandecido, lo cual en nada perjudica la gran belleza que poseéis. ¿Tan necia sois que además de insultar a los Trozzi, y ser viuda de un enemigo, pensáis defenderos con ese ridiculo puñalito?

Nela Mesica apoyó la punta del estilete en su seno. Y con dramático patetismo, pero sin alzar la voz, dijo:

—He jurado ante mi crucifijo que me daré muerte cuando cualquier Trozzi se me acerque a una distancia menor de tres pasos.

—¿Y mediréis les pasos?—rió Trentino—. Locuela... Infinitamente más bonita estáis así... ¿Pensáis acaso que una mujer

puede detener a un Trozzi?

—Una muerta, sí.

—Tengo mil medios para lograr abatir vuestra actitud.

—Decidme uno.

—¿Por qué no? A un solo grito mío, treinta hombres asaltan, la casa, y vuestra madre iría a conocer las mazmorras de tortura.

—Mi madre no me sobrevivirá. Así lo ha decidido.

—Os aprisionaré...

—Intentadlo. Abrazaréis un cadáver.

Los Trozzi eran bestiales, pero también psicólogos. Reconoció Trentino que Nela Messica no era una histérica incapaz de cumplir lo que decía, ni mucho menos de amilanarse.

—A veces soy paciente, Nela. Serás mía, más tarde o más temprano. Y tu actitud me deleita. He encontrado pocas mujeres dispuestas a morir antes que ser mías. Puede variar de pensamiento...

—Mi madre velará mi sueño, y yo el suyo. Siempre en nuestras diestras estará el estilete. Nadie podrá entrar aquí por sorpresa. Seréis recibido siempre que acudáis. No soy tan insensata como para intentar mataros. Hallaréis castigo en mejores manos... Intentar mataros, sería quedar inerme a vuestra merced.

Levantóse Trentino. Dió unos pasos, y retrocedió rápidamente. Una gotita de sangre enrojecía el blanco escote de Nela Messica...

—Hasta pronto, Nela Messica.

—Dios os perdone, Trentino.

La presencia de aquella hermosa mujer que erecta y decidida, manteníase ante él, estilete dispuesto, encantaba a Trentino Trozzi.

Menudeó sus visitas. Complacíase en contemplar las hondas ojeras que amorataban los párpados de Nela Messica.

Sabía que cualquier intento de violencia contra la madre supondría la muerte de la hija. Imaginó varios ardides. Enviar frutas que contenían narcótico; un supuesto fraile mendicante...

Sus enviados dijeron que la puerta se abrió, pero una bella joven, que empuñaba estilete, no aceptó las frutas ni la proximidad de los visitantes.

El juego peligroso para dos vidas femeninas, exacerbó la pasión insana del menor de las Trozzi. Amenazó con incendiar la casa, y la respuesta que obtuvo le pasmó.

—Haced tal cosa, y libres quedaremos. Pero castigado os veis, señor, porque enloquecéis de deseo ante mi, y vos, siendo dueño de Capri, sois mísero esclavo de una mujer.

Una vena se hinchó en la frente de Trentino Trozzi.

—Desafiante eres, y demasiado te he tolerado. Sigue ofendiéndome, y si cumples tu dudosa amenaza de darte muerte, ¿qué habrás conseguido? Yo quedaré riéndome…

—Quedaréis rechinando dé dientes, Trentino Trozzi. Y aullaréis de rabia impotente, porque una sencilla mujer os venció. ¿Pues que os creíais? ¿Que todo se obtiene por la fuerza? Grave error, del cual os vais dando cuenta.

—Ignoras que me deleita ver tu expresión de fierecilla acorralada, porque no puedes huir, que bien te dije y sabes que hombres míos vigilan desde cerca tu casa. Y cuando me canse de verte, daré estos pasos que más que por tu estilete por mi capricho, no he andado. Poca cosa es tu vida, Nela… Sólo unos pasos y terminará todo.

—Para mí, sí. Para vos empezará. Lo tenéis todo, os apoderáis de cuanto deseáis… ¡Yo nunca seré vuestra mientras aliente en mi pecho el rescoldo de odio que con mi vida cesará!

La tortura moral a que veíase sometida la desamparada viuda, producía en Trentino Trozzi un goce de aberración, aunque su paciencia sensual iba agotándose.

Una mañana, sonó el aldabón de la puerta. Como siempre, la madre resignada ya a morir, abrió, y sin mirar siquiera por la repulsión irrefrenable que le producía Trentino Trozzi, regresó al interior.

Sola quedó, también como acostumbraba, Nela Messica, empuñando el estilete, adosada al fondo del vestíbulo.

Luys Gallardo hizo una reverencia.

—Un trovador pide ser oído, madona. ¿Sois Nela Messica?

—Yo soy y lo sabes—replicó ella.

Veíase que estaba enojada, y a la vez estoicamente burlona.

—No lo sabía, madona—replicó extrañado—. Os veo por primera vez.

—Poca inteligencia demuestra tu amo.

—¿Mi amo? No tengo más dueño que mi voluntad, siempre al servicio de las damas, Nela Messica.

—Pico de trovador, pero eres esbirro pagado.

—Por licencia de mi laúd, puedo decirte, hermosa, que mal recibes a quien ante tu belleza se siente admirado.

—¡No avances! ¡Un paso más… y todo habrá terminado!

Y Nela Messica apoyó el estilete en la blanca piel del escote. Luys Gallardo quedóse inmóvil, perplejo.

—Mosca…—murmuró, atónito—. ¿Tan repulsivo te soy que prefieres la muerte a que te cante rendida trova sincera?

—También era amable el que vendiendo frutas ofreció a poco precio golosos duraznos. Lo enviaba Trentino. También era untuoso y agradable el supuesto fraile que quería bendecir las habitaciones. ¡Y cómo tú eran secuaces viles del vil Trentino!

—No he tenido aún el disgusto de ver a Trentino. Comprendo ahora la espartana y heroica decisión que te anima. Pero cometes error disculpable, al envilecerme creyéndome cómplice de nadie. Libre soy, es mi nombre Luys, y cambio espada por laúd si la ocasión lo pide.

—Tus lindas mentiras no pueden engañarme, trovador. Muchos de los de tu profesión, por oro son capaces de...

—Los habrá, pero no son de mi raza ni de mi temple, madona.

—¿Pareces ofendido? Tienes engañadora prestancia noble. No hay en Capri hombre alguno, sea trovador o no, que no tema a los Trozzi.

—Pues uno ha llegado, y te saluda. Es mi misión liberarte,

—¿Por qué? ¿A qué tanta grandeza de ánimo? Ni te conozco ni me conoces.

—Es mi dama Carlina Zanni.

—¡Carlina Zanni murió ahogada!

—Eso dirían. Ella me envía.

—Vete... No emplees el nombre de mi mejor amiga, cuya muerte mucho lloré, para tus vilezas.

—Soy galante y cortés, preciosa, pero no hasta los linderos de la necedad. Me creas o no, aquí he venido para conducirte a blanco bajel que te llevará a isla donde Carlina con muchas de tus conocidas, se esconde, huyendo de los Faunos, como dice ella.

La virilidad leal del guapo semblante masculino empezaba a infundir en el alma de Nela Messica, ansiosa de esperanza, un hálito de credulidad.

Pero se impuso su desconfianza.

—¿Dices que no conoces a Trentino?

—Tal dije, y así es.

—No ha de tardar en venir a visitarme. Quedan fuera numerosos de los esbirros de su escolta. Y tú, un hombre solo, ¿pretendes salvarme de mi fatal destino?

—Ver es creer, madona. Sométame a prueba. Pero luego, aunque siempre actúo sin pedir recompensa, quiero un desagravio, si como tengo la certeza logro lo que me pidió Carlina.

—Pide...—dijo ella, burlona.

—Todo a su debido tiempo.

—¿Ves aquel cortinaje?

—Hermoso y muy palpable.

—Tras sus pliegues ocúltate. Aparece cuando aquí esté Trentino, y juzgaré la verdad de tus palabras.

—También sucederá algo muy natural. Trentino pretenderá quitarme de en medio, y no lo logrará. Pero su escolta entrará, ¿y qué será de ti?

—¡Madre!—llamó Nela Messica.

Apareció la interpelada, cuyos ojos fatigados de llorar, miraron con tristeza a su hija,

—Este trovador puede ser un felón y puede ser un romántico paladín. Dice que enviado por Carlina que está viva y escondida, viene a proporcionarme salvación, llevándome a bajel. Juntas decidimos morir, pero si un resquicio de vida queda, como gota de agua en infierno, me maldeciría por haber sido incrédula. Vos podéis iros por el pasadizo, y los soldadas os dejarán pasar, como cuando de compra vais. Dejad transcurrir dos horas, y si al cabo de ellas…

—Permitid, señora, que os dé mejor solución. Por lo que oigo, libre sois de transitar, y ningún daño os hacen...

—Porque prometí matarme, si muere o no regresa—declaró la joven.

—Entonces, acudid a la playa que llaman los naturales Ambrina, y en ella veréis chalupa con dosel, y dos pescadores. Decidles tan sólo: “Todo por mi dama”, que éste es mi lema, y os conducirán a bordo de velero, en el que hallaréis ya a Giulia Dat-torni.

—¡Vil felón!—exclamó Nela Messica—. Esta misma mañana a hora primera llevaron a su última morada a Giulia.

—Fingió envenenarse. Giuseppe Neris murió al pie de la tumba. Y pude intervenir a tiempo, logrando mal mi propósito, pues no conseguí dar muerte a Umbrío, que por doquier me anda buscando.

En silencio, abatida, miró la madre a su hija

Nela Messica luchó unos instantes consigo misma. Por fin dijo:

—Es tanta mi desesperación, madre, que quiero creer en este trovador cuyas palabras parecen rebosar verdad. Id, y que Dios nos proteja. Si es cierto que tal velero de ensueño existe, allá nos encontraremos. Si no, en el cielo hallaremos ventura eterna, ya que la tierra nos fue ingrata madrastra.

Mudamente, en sollozo contenido, la madre cubrióse la cabeza con la pañoleta que sobre los hombros llevaba.

Salió tras larga mirada elocuente de despedida.

Nela Messica vió cómo el trovador, acercándose al cortinaje lo levantaba, dejándolo de nuevo caer, y arreglando los pliegues.

—Si Trentino tiene espías alrededor, sabrá al llegar que aquí he entrado.

—Sí.

—Entonces, ¿a qué ocultarme? Tienen los Tozzi fama de valientes, aunque sean inmundos.

—Si engaño son tus palabras, mil veces seas maldito por llenar de un titilar de esperanza el corazón de una madre.

—Cara te saldrá la recompensa que te exigiré, Nela, por persistir en ignorar que mi rostro dice a las claras que no soy un innoble canalla que con el heroísmo de una mujer juega, ni del dolorido corazón de una madre hace mofa.

—No puedo creer... Un hombre solo... Desafiando a los Trozzi... Vuestro semblante habla de violencias...

—Te dije, madona Nela, que a veces manejo el laúd, pero generalmente prefiero la espada. Pero un día hice promesa de ser andante trovador, que recogiera sonrisas alegres de atribuladas damitas, y... como no sólo de alma estoy hecho... también me alegra recibir suave beso de cariñosa gratitud.

La melodiosa voz de Luys Gallardo, su risueño descaro, la seguridad de su empaque natural, y la acariciante negrura de sus ojos, dieron progresiva irradiación al semblante de Nela Messica.

—¡Creo en vos! ¡Huyamos!... Pero, mantendré contra mi pecho el estilete hasta no ver por mis propios ojos a mi madre a salvo.

—Creo que ya es mejor esperar. ¿No oyes, Nela desconfiada?

Claros eran los rumores de los cascos de caballo que iban al paso invadiendo la plazoleta.

—¡Matad a Trentino... y mi gratitud os juro eterna! ¡Matadle... y quiero verlo con mis ojos! Por la salvación de muchas infelices doncellas que no osan salir de sus casas, y por las que sucumbieron, ¡matadle!

—Coincidimos en el deseo, madona. ¿Qué habitación conduce al pasadizo por donde salió vuestra, madre?

—¡Aquélla!

—¿Cuántos soldados hay por allí?

—Tres.

—¡Uno, dos, tres!—rió el trovador—. Por allí escaparemos.

—Y... ¿para qué quieres que allá vaya?—preguntó ella, recelosos de nuevo los ojos,

—Así Trentino se alejará de esta puerta, y tiempo tendremos de darle su merecido. Le cerraré el paso cuando hacia ti avance.

Rápida obedeció ella. El trovador dejó entreabierta la puerta, y pasó a ocultarse tras el cortinaje.

Capítulo VII

EL VELERO DE LA ILUSIÓN

AI entrar en el pórtico Trentino Trozzi, adelantóse un hombre.

—Salve, Excelencia. Tengo mala noticia que daros.

—¡Pronto pues, perro!

—Un trovador entró hace cosa de media hora en la casa. No ha salido. Por el jardín, la vieja fué como de costumbre al mercado.

—¿Quién es él?

—No es de la isla. Excelencia.

Encorajinado. Trentino Trozzi apartó de bestial empujón al espía, que chocó contra la pared, derrumbándose conmocionado...

Desfogado, el hijo del usurpador, tocó el aldabón, y el gesto hizo que la puerta se abriera.

Penetró resguardándose con la madera, que cerró repentinamente, dispuesto a repeler la posible agresión de un enamorado y loco trovador errante.

Vió en el fondo, en la habitación que servía de comedor, a Nela Messica que le miraba sonriente, burlona, más que nunca alejada de él...

Trentino Trozzi correspondió a la sonrisa, con maligna exhibición de sus blancos dientes de carnívoro.

De soslayo y circularmente, los ojos del recién llegado escrutaban el vestíbulo.

Se detuvieron en el cortinaje, y prolongó la mirada para repentinamente mirar a Nela Messica, a la cual sorprendió contemplando angustiosamente la negra tela colgante.

—Mucha es la distancia que nos separa hoy, Nela. ¿Debo interpretar como principio de cordialidad la muda invitación a penetrar en la sala donde aguardas?

A la vez que hablaba, Trentino Trozzi avanzaba indolentemente hacia el cortinaje.

Súbitamente, desenvainó, y su espada con coraje empuñada se hundió repetidamente en los hinchados pliegues de la tela.

—No destroces los adornos de ajeno hogar… Y chitón, o vas a ir de cabeza al lugar donde te chamuscarán y asarán como es debido.

Trentino Trozzi paralizado por la sorpresa al oír tras él la susurrante voz, y sentir en su nuca la aguda punzada de una daga,

volvió lentamente el rostro.

Vió la sarcástica expresión del trovador, que movió los labios para seguir apremiándole:

—¡Gente de Trozzi! ¡Acudid!

—Anda calmosamente y sin gritar. Vamos de viaje.

La punta del acero empujaba por la nuca al que sudando de furor, crispaba las rapaces mandíbulas.

—Tras el cortinaje coloqué almohadones, por si uno de tus espías había visto mi acción primera de esconderme. Camina, destripatrapos.

Abalanzóse de pronto Trentino, de bruces contra el suelo, rodando lateralmente y gritando:

—¡A mí, los Trozzi!

En la puerta resonaron las herradas botas de los que acudían. Veloz, Luys Gallardo saltó hacia delante, entró en la habitación donde Nela Messica aguardaba anhelante, y atrancó con el sólido madero tras cerrar.

—¡Sígueme, pronto!

Corrió ella tras él, después de indicarle el pasadizo que al jardín conducía.

Por el pasadizo avanzaban corriendo tres individúes, con aceros desenvainados.

De las manos del trovador brotaron dos dagas, que vibraron atravesando sendas gargantas. El tercero cubrióse en febril defensa, pero la espada impaciente del trovador atravesó su entrecejo...

Atrás oyóse el derrumbar de la puerta. Y un clamor de gritos airados, acompañado de recio pisar de múltiples botas...

Cogió Gallardo por la cintura a Nela Messica y con ella abrazada al costado, corrió con la celeridad de un gamo perseguido.

—¡Compinches!—gritó, estentóreo.

Sabía que Bruyant no olvidaba una máxima inmutable: toda casa tiene varias salidas.

Atravesó como una exhalación la puerta posterior del jardín. Acudía al galope un individuo, y aprestábase Gallardo a derribarle del caballo, cuando reconoció a Bruyant Lartiguers, seguido por Delfín Lechuga.

Los dos desmontaron casi al galope.

Manteniendo enlazada a Nela Messica, saltó Gallardo a la silla del caballo refrenado por Bruyant.

—¡Sus!—oyóse en el jardín, coreado por muchas voces.

Partió el trovador, mientras Delfín Lechuga empujaba a su caballo hasta colocarlo entorpeciendo el espacio, en la portezuela

de salida del jardín.

—¡Sus!—rió Bruyant—. ¡Larguémonos!

Entre su camisa y la piel, el loro había buscado protección al iniciarse la confusa escaramuza en la que su dueño y el castellano, derribando a dos esbirros de la retaguardia que se abalanzaba hacia la casa al oir la llamada de Trentino Trozzi, hiciéronse jinetes.

Asomó la testa, y graznó:

—¡Al que rechiste le parto los dientes!

Varios ágiles y escurridizos sujetos aproximábanse corriendo. Seguían los pasos veloces de Bruyant.

Por laterales callejuelas perdiéronse los compinches gascones y Delfín Lechuga dirigióse hacia la playa Ambrina.

En la plazoleta y la calle posterior, los escoltas de Trentino Trozzi señalaban varias direcciones.

Trentino Trozzi, a caballo, miró airado el cadáver equino que en vida les había entorpecido la salida.

Lanzóse al galope para desfogarse siguiendo una de las direcciones indicadas, mientras en otros grupos sus demás hombres galopaban en diferentes sentidos.

Pero todos volviéronse a reunir una hora después ante las puertas del palacio. El temor de un castigo próximo leíase en sus rostros, mas cuando llegó trémulo y llameantes los ojos, Trentino Trozzi, de regreso de su infructuosa búsqueda, limitóse a barbotar:

—¡Perros falderillos! Ya os arreglaré cuentas tan pronto esté en mi poder ese maldito trovador. ¡Partid en su busca! ¡Todos! ¡Mil ducados a quien vivo me lo aprese!

* * *

Nela Messica, al principio de la escapada, se abandonó completamente al enlace del atlético y esbelto trovador.

No quería oír ni ver. Quería pensar que así abrazada llegaría a país hospitalario y pacífico donde viviera al amparo de infame asedio.

Dióse cuenta que unos caballos se acercaban. Pensó que llegaba el momento de morir...

Y sus labios, en tierno beso de gratitud hacia el hombre que por salvarla desafiaba a los poderosos opresores, se apoyaron en el cuello masculino.

Sintióse elevar, como si mágicas alas brotando los transportaran al azul espacio. El zarandeo del galope la obligó a sujetarse más apretadamente.

Y siempre bajo los efectos de un cercano y presentido final

trágico, fué mufrnurando:

—Bella sería la vida, si las malsanas pasiones no enfangaran en lodazal la existencia. No sé quién eres, trovador, y en estos postreros instantes mi corazón adivina en ti al hombre que todas soñamos. Fuerte, amable, sabiendo sonreír calmoso y ceñudo también si es preciso. Duro y agradable. Por mí vas a morir, ¿y qué puedo darte?

—El tesoro de tus besos.

Los labios femeninos se entreabrieron y Nela Messica, echando atrás la cabeza, ofreció el transfigurado rostro.

Cerró los ojos al sentir la ardiente caricia, que comunicó a todas sus fibras sensoriales, tibieza grata, ahuyentando la gelidez de los recientes temores.

—Tuya soy puramente, trovador, porque tu vida me has ofrecido.

Luys Gallardo veía próxima ya la playa de Ambrina. Divisó la encorvada figura de la madre de Nela Messica, encaminándose hacia donde una chalupa con dosel era ocupada por dos pescadores de aspecto obtuso.

—Pronto te acunará el velero de la ilusión, hermosa Nela. Ella no oía más que la voz del jinete que la enlazaba en apasionado abrazo.

Por las calles y tras las cortinas, nadie se extrañaba al paso veloz del caballo llevando pareja. Raptos, escándalos y fugas frustradas, eran diaria visión.

—Despierta, Nela. Vuelves a vivir.

Cesó el galope. Siguió ella como inconsciente, abrazada al que desmontando, llevóla en sus brazos a la chalupa, tendiéndola oculta bajo el dosel.

Era una estatua bellísima y Luys Gallarlo agradeció la fresca brisa salobre que calmando los latidos de su sangre, le devolvía la serenidad de sus instintos.

Abandonó con gran pesar el pequeño recinto. Al pisar la playa, impidió a la que alborozada sonreía gozosa, que besara su diestra en inclinación espontánea de gratitud.

—Apremia el tiempo, señora. Vuestra hija estará a salvo a bordo del velero. Subid, por favor.

—¡Vuestro nombre para bendecirlo en mis preces!

—Luys Gallardo, que vuestra mano besa.

Lo hizo el trovador, a la par que ayudaba a la dama al subir a la chalupa.

A una señal, los dos marineros largaron vela y remando,

adentráronse en el mar.

Y Nela Messica, desde el escondite que compartía en frenético abrazo con su madre,miraba hacia la playa.

¿Era ilusión de sus sentidos la figura del trovador? ¿Era hermoso sueño cuanto acaeció mientras creía volar? Media hora después, cuando la chalupa acostaba el flanco del velero y en cubierta veía la acogida sonriente con que Giulia Dattorni ondeaba un pañuelo, Nela Messica musitó:

—De la realidad nace la ilusión.—Y sin poderlo remediar sintió sincera envidia de Carlina, la que el trovador llamaba su dama.

Capítulo VIII

FIORENZA GHERLINA

Desde el cobijo que entre pinos eligió Luys Gallardo en la playa de Ambrina, pulsó su laúd al percibir a Bruyant Lartiguers y Delfín Lechuga que, seguidos de lejos por los otros gascones, acudían.

Acercáronse los dos aventureros al trovador.

—¡Y va la segunda!—rió el castellano.

—¿“Cascó” el Trentino?—preguntó Bruyant.

—No pude herir a hombre por la espalda y el tiempo era escaso. Pero estos faunos deben conocer mil angustias antes de morir.

Delfín Lechuga elevó al cielo sus ojos felinos,

—Lo que me temía—suspiró—. No sólo retozón sino complicado sois, mi don Luys muy querido. Si la dama Erika de nuestro aliado Bruyant, no estuviera a bordo, os diría que estratégicamente conviene una retirada, porque ahora todas las calles de la ciudad son un hervidero de sabuesos sedientos de vuestra generosa sangre que despreocupadamente queréis verter a chorros.

—¿No sentís apetito, don Luys? —insinuó el gascón.

—Mucho.

—En cualquier figón de la ciudad, nos darán pronto asedio. Y queda una tercera dama por raptar gozosamente. En ella debéis pensar, ya que nunca en vos pensáis, ¡caramba!

—¡Caramba, que opípara cuchipanda!—ronqueó el loro, agitando las alas.

Rieron los tres y el trovador, pensando en Nela Messica, el poema de carne estatuaria, encontró plausible lo que insinuaban sus amigos.

—Mis compinches pueden ir obteniendo informes de la tercera dama y su nido, don Luys. Ellos no se han hecho aun evidentes, y podrán comer a poco precio...—Y a la vez el gascón hacía el gesto de abarcar aire moviendo los dedos—. ¿Aceptáis la sugerencia?

—Ingeniosa, pero no olvidéis, Bruyant, que sois al igual que vuestros hombres, gente rica.

—¡Bah! El dinero ayuda, pero no alegra. Lo que nos gusta es el riesgo, porque embriaga. ¿Cuál es el nombre de la tercera dama?

—Fiorenza Gherlina.

—Investigarán cautamente y mantendrán enlace con esta playa,

—Deslumbrante era doña Nela—expuso el castellano, besándose

los dedos—. Me nacen pujos, de convertirme también en paladín raptor.

—Y a mi, si preciso es, despoblar de damas la isla para crear califato en el reino de Carlina. Pero dejando nuestra mala costumbre de tomar a chacota cuanto hacemos, en serio digo que mi furibundo deseo es exterminar a los Trozzi, tan pronto quede a salvo Fiorenza Gherlina.

* * *

Falco Trozzi, el mayor de los hermanos, era lento, tenaz y calmoso. Tenía menos arrebatos coléricos y más fría crueldad que Umbrío y Trentino.

Era también más grosero en sus goces y contentábase con asediar fáciles virtudes.

Pero la inteligente, honestamente coqueta y encantadora Fiorenza Gherlina, en ocasión que con sus familiares asistía a una de las fastuosas cenas dadas en el palacio de los usurpadores, supo adivinar que la mirada de Falco Trozzi tenía cierto respeto.

En cambio, sus dos hermanos mirábanla con su habitual descaro. Falco Trozzi habló con ella. Fué menos rudo y casi amable.

Al quedar solos los hermanos Trozzi, Falco dijo, sencillamente:

—Fiorenza Gherlina será mía. Vedado os está el requerirla.

Consiguió Fiorenza, aun odiando como la mayor parte de los naturales de Capri a los vesánicos tiranuelos, excitar el orgullo de Falco fingiendo que le gustaban discreteos y amables requiebros.

Sabia prometer, sin dar ni anticipar. El difícil juego duró hasta que percibió ella que, cansado, Falco Trozzi hacíase brutalmente apremiante.

Y una noche obscura en que el rumor de los goterones de la lluvia apagaba el gemir medroso de la llave en la cerradura y el de los goznes de la hoja de madera, Falco Trozzi a solas, con llave conseguida sobornando con amenazas y pequeña dádiva a una criada, se introdujo sigilosamente en el domicilio de Fiorenza Gherlina.

Dejó entreabierto el portal y a tientas empezó a marchar por el lóbrego corredor, siguiendo las indicaciones de la criada sobornada.

Allá al fondo del corredor, tras de una puerta confiada o intencionadamente abierta por la citada moza y por cuya rendija salía una mortecina claridad, Fiorenza dormía arrullada por la canción de la lluvia, que aumentaba el bienestar de hallarse entre sábanas olorosas a espliego y a limpio cuerpo juvenil.

Dió un suspiro y abrió los ojos.

Alumbraba la estancia, enorme y fría, un candil encendido que daba más humo que claridad ante una curiosa imagen.

Era de tosca talla labrada con más devoción que arte, en una recia rama de encina, y representaba a San Michele.

Que era necesario defenderse de algún peligro aun no sabía cuál, comprendiólo al momento Fiorenza Gherlina.

Bien se lo daba a entender aquel rumor de pasos que venía acercándose a su alcoba.

El nocturno visitante empujó la puerta.

—¿Quién está ahí?—inquirió, temblorosa, ella,

—Vuestro esclavo, mi bella Fiorenza.

—No lo sois ni puedo amaros, si entráis en mi casa como cualquier rufián de baja estofa. No os cubráis de ridículo, al exponeros a que llame a las criadas.

—Padecen miedosa sordera.

—Llamaré...

—Nadie oirá, ni nadie acudirá.

—¡Salid!

—Estás en mi poder, deliciosa Fiorenza.

El corazón de la dama dió un vuelco en el pecho. Le flaquearon las piernas, pero confesar su miedo era entregarse y pudo en ella más el orgullo que el temor.

—Saldré al balcón y gritaré que alguien venga.

—Llueve a chorros. Nadie pasa... y todo es inútil. Hastiado estoy ya de desear abrazarte y hacerte mía.

Fiorenza saltó del lecho. Su fina camisa de batista transparentaba el grácil cuerpo.

Pero no era aquella ocasión para miramientos de pudor.

Deslizándose hacia la cómoda por sacar algo con qué cubrirse, preguntó de nuevo:

—¿Decís que nadie puede oírme?

—Lo digo y no sé cómo sigo hablando, absorto como estoy al contemplar tanta hermosura. Ríndete sumisa, altiva Fiorenza, que ya eres mía, y no desdeñes mi amor.

—¿Amor, vuestra torpe vesanía? Indignos son los medios que empleáis, caballero Trozzi.

—Todos son lícitos en lid de conquista.

—Menos la infamia...

De nuevo dos o tres pasos la acercaron al improvisado altar. Llevaba los pies desnudos y el frío del suelo la estremecía a cada instante, comunicando temblores a su tentadora silueta.

Pero el coraje encendía sus mejillas y sus ojos echaban

relámpagos de furor.

Falco Trozzi retardaba el momento anhelado, y Fiorenza se acercaba poco a poco a la cómoda.

—¿Decís que nadie pasa por la calle?

—Ni un alma.

—¿Nadie os vió entrar?

—Ni una sombra...

—Entonces—¡vuestra soy!

El gesto resignado de su futura víctima encandiló a Falco Trozzi, y a la vez pensó que eran melindres lo que hasta entonces creyó virtud.

Ante él, en camisa y descalza, no había sino una indefensa mujer, por demás rendida a la fatalidad.

Acercóse y cayendo de rodillas ante la hermosa, se dispuso a calentar con sus labios los ateridos piececitos...

—¿Qué haces?—gritó una voz alterada.

Falco Trozzi alzó la cabeza. Pero ante él no estaba ya Fiorenza Gherlina.

Sus ojos deslumbrados no vieron sino una imagen de San Michele, enorme, próxima, agigantada... ¡Un milagro!

Y al cerrar los ojos atónito, ante la extraña aparición, Falco Trozzi sintió como si el firmamento se descargase sobre su cabeza.

Por unos instantes, Fiorenza quedóse temblando. En la diestra conservaba aun el recio leño con la imagen de San Michele, que había empuñado para defender su honor.

A sus pies, yacía Falco Trozzi tendido cual largo era.

No se oía sino el monótono gotear de la lluvia, el medroso correteo de algún ratón por los rincones, el crujido nocturno de los muebles...

La dama posó sobre la cómoda la sagrada talla y santiguóse devotamente para desagraviarla del inadecuado uso que se había visto precisada a darle.

Sigilosa y decidida, cogió del cuello del recio jubón al descalabrado, y arrastrándole trabajosamente por el pasillo, llegó hasta el entreabierto portal.

Aun tuvo que hacer un esfuerzo para llevar el cuerpo inanimado hasta otra calleja obscura, donde lo dejó sobre el suelo enfangado.

Volvió a su habitación, se mudó y siempre temblando, se arrodilló para pedir perdón por su justo crimen.

No diría nada a sus familiares ni desenmascaría a la criada, que callaría por conveniencia.

La muerte de Falco Trozzi sería achacada a cualquier marido

exasperado, o hermano vengador, o simplemente a patriota indignado.

No se oyó rumor alguno referente a Falco Trozzi. Pasaron dos días y un emisario trajo un mensaje, partiendo sin esperar respuesta.

Rompió Fiorenza los lacres, con trémula aprensión, pues había reconocido el fatídico sello de los Trozzi.

> “Voy restableciéndome. Nadie sabe lo que me sucedió. Una patrulla de mis propios soldados me recogió. Cicatriza la dura piel de mi cuero cabelludo. Pero no cicatrizará nunca mi amor propio. Tan pronto en pie me mantenga, acudiré a la misma hora. Tu puerta estará entreabierta y me esperarás. Esta vez llevaré escolta y si dócilmente no accedes a mis deseos, tus padres serán abrasados a fuego lento ante tus ojos. Y después, su muerte seguirás. Mi clemencia te dejará con vida a ti y a los tuyos, si la segunda noché a solas logra hacerme olvidar la primera.
>
> “Falco”

Todas las noches, entreabierta la puerta y el balcón, Fiorenza Gherlina, tiritando de repulsión y miedo aguardaba.

Pasaba los días durmiendo y las noches febrilmente llorando.

Falco Trozzi tardaba en sanar. Y la espera daba congoja sin fin a la que supo una vez defenderse segura de la impunidad, pero que ahora por amor filial estaba dispuesta a sacrificarse.

Y en una de aquellas largas noches de mil agonías, acercóse al balcón sorprendida, porque desde el suelo ascendía una melodiosa voz, que en canto tenue y bien timbrado, recitaba:

“No es maravilla si canto mejor
que cualquier otro trovador.
Pues más que a nadie el corazón
me arrastra hacia amor.
Corazón y fuerza en servirte pongo,
y de laúd que gime y espada que hiere dispongo.
Nada te pido, sino que me aceptes po¡r servidor.”

Al extinguirse la voz, un pañuelo que exhalaba fino perfume, revoloteó desde el balcón y Luys Gallardo lo recogió. Dirigióse hacia la puerta, que entreabierta halló.

Mientras, por soportales y umbrales, varías sombras se deslizaban cautamente, dispuestas a menor o mayor espera hasta la

salida del galante aventurero.

Y arriba en su alcoba, trémula de esperanza, Fiorenza Gherlina, evocaba palabra por palabra el pregón que el día anterior fué lanzado por doquier con redoble de atabales y clarines:

“Muerte a quien dé amparo o no entregue a trovador y calle noticias conducentes a su captura en vida...”. Y una detallada descripción plasmaba la figura que en la lunar refulgencia vió Fiorenza Gherlina recoger su perfumado pañuelo.

Capítulo IX

MATTEO TROZZI

Noble de cuna, villano por acciones, el napolitano Matteo Trozzi, al frente de un numeroso y aguerrido ejército de levantiscos y pendencieros mercenarios, se implantó en Capri como Gran Duque, haciendo ejecutar, después de prolongadas torturas, al que hasta entonces había sido el amo y señor de la isla.

Matteo Trozzi, rígido y cruel en lides de guerra y de injusticia, era un gran señor sibarita. La fastuosidad de su corte pasmaba de admiración a los que por el terror que imponían sus prebostes de armas, acataban sus decretos y los crecidos impuestos señalados.

Placíase Matteo Trczzi en decir que a sus cincuenta y seis años aun fuertes, hallaba reposo y placer en aquella isla, al igual que muchos siglos antes lo hallara Tiberio, el resentido emperador romano.

Uno de sus bufones recibió veinte bastonazos y cómo bálsamo curalotodo veinte ducados de plata, por la impertinente ocurrencia de apodarle “La sombra de Tiberio”.

Melancólico y taciturno, Matteo Trozzi no tenía más alegría que la de contemplar a sus tres hijos: Falco, Umbrío y Trentino.

Le complacían porque le aventajaban en crueldad y ruda fuerza exuberante, de irresistible pujanza puesta al servicio de la pasión.

Todas las tardes, entre cinco y siete, Matteo Trozzi dedicábase a lo que sus bufones llamaban “la merendola”.

Rodeado por ellos, complacíase el usurpador, en oír la-malévolas insinuaciones de los que hacían oficio de hazmerreír.

A la vez, glotón impenitente, mordía carnes asadas y jugosas, limpiando sus dedos en la pelambrera del bufón más cercano, o escupía pellejos de fruta que a pleno mordisco devoraba.

Y decía que en aquellos momentos de intimidad, le gustaba ser primitivo y natural.

Fué una tarde a mitad de “la merendola”, cuando Jacoppino, el largo y esquelético bufón, inmejorable para apuñalar por la espalda y poseedor, además, de una lengua viperina, insinuó lo que los otros no se atrevían a decir.

Dió un rodeo, agitando su bastón orlado de campanillas:

—¡Atención bellacos a mi servicio! Os contaré lo que anoche me sucedió a la tierna hora en que se funde el día para dejar paso a la

cómplice noche.

—¡Bravo, bravo!—gritaron los demás.

Matteo Trozzí, sentado en sitial de estrado, oía con indiferencia. Pensaba en la lenta recuperación de su hijo mayor Falco, misteriosamente agredido, y que dijo haber recibido por la espalda un golpe al pasear a solas por la ciudad.

—Tenia un talle cimbreante, así...—y Jacoppino andando, agitaba sus flacas caderas en grotesca imitación—. Yo la seguía como el perro flaco busca el jamón. Y susurré, a favor del crepúsculo: "¡Oh, madona hechicera! Dejadme contemplar vuestras mejillas de arrebol!".

Jacoppino dió una patada en el suelo, con enojo aparente.

—Vuélvese la hechicera contoneante y era una tremebunda vieja repleta de pinturas. Me sonrió con cascada dentadura llena de mellas, y me dijo "No ha mucho eran manzanas mis mejillas". "¡Uva!", exclamé yo. "¿Y por qué uva, deslenguado picarón?", me replicó ella, haciendo dengues.

—Y por qué uva?—gritaren a coro los bufones.

—¡Porque se han yuelto pasas!—chilló Jacoppino.

Dignóse Matteo Trozzi sonreír levemente. Siguió el bufón hablando:

—Mala suerte la mía, pero la abracé consolándome con la idea de que otros muy altos, más elevados, grandes señores, ni siquiera a viejas abrazan y les huyen las cortejadas.

Uno de los bufones, contento de poder comprometer a su compañero de triste oficio, exigió, con voz aguda:

—¡Nombres, nombres, que estamos en familia!

—Soy joven y bello, y morir a mi edad es repugnante imbecilidad.

Matteo Trozzi tendió el cuello. Su índice apuntó a Jacoppino:

—¡Habla, esperpento!

—¿Es orden o bufonada, mi rey?

—¡Pronto! ¡Echa el veneno fuera!

—Pues érase que se era un bravo con brio, que umbrosas sendas seguía, y de amores apremiaba a mirlo blanco, que lo era, porque se negaba. Dicen que dicen que el mirlo de plumaje bellísimo se envenenó y con charcos de lágrimas resbalando y tropezando, sus deudos la siguieron a la tumba yerta y fría.

—¡Bravo, bravo! ¡Muerte y exterminio a todo mirlo!

—Hete aquí que el brioso ensombrecido apartó a los llorones, y a solas se quedó en el interior del recoleto recinto oliendo a la Calva. Mató al tumefacto y nauseabundo gimíente enamorado y

cuando se disponía a besar la bella faz... ¡ah, truenos y desolación!... dicen que dicen que levantóse la muerta, que de muerta tenía lo que mi rey de bueno y generoso.

—¡Al grano, víbora!—clamó, con su tonante voz, Matteo Trozzi.

Jacoppino era audaz y sabía que íntimamente su dueño le tenía cierta consideración.

Masculló, haciendo serviles genuflexiones:

—Tu juvenil impaciencia, mi rey, colmada quedará. En lo alto del túmulo, cuatro putrefactos y hediondos escoltas estaban panza arriba, virtuosos porque estaban muertos. Y un apuesto juglar, laúd terciado al hombro, descendió. ¿Qué pasó? ¡Ah, ah! ¿Quién lo sabe? Vieron salir echando lumbre por las fauces al umbroso galán despechado. Y el apuesto trovador logró rescatar a la dama, que lejos se encuentra ya, bien oculta quién sabe dónde. Y el umbroso Júpiter burlado, calla, cavila y deja rugir su alma, suponiendo con mi proverbial bondad, que haya alma en el cuerpo de ninguno de los que cito y me escucháis. Amén. Firmo y rubrico. Yo, Jacoppino, el Emperador de Capri.

—¡Si la lengua te mordieras por descuido, muerto caerías envenado fulminantemente!—tronó Matteo Trozzi.

Sabía ya por qué Umbrío Trozzi daba la impresión de un tigre que buscara un hueso enterrado, sin recordar dónde lo sepultó.

Jacoppino alzó las dos descamadas maños y silabeó :

—¡Ah, ah, pero hay aun más, dilecto auditorio maloliente y asqueroso! Naturalmente, Excelencia, me refiero a mis compañeros, porque tú como la mujer del César estás por encima de todo olor y asco.

Extendió las piernas Matteo Trozzi, mientras Jacoppino alcanzaba un jarro de espumante vino que acababa de tenderle un bufón.

Lo apuró, relamiéndose con larga lengua parduzca...

—Ya se oyen los suspiros, ya palpitan los corazones. ¡Hélo, hélo por do viene el gentil trovador!

Con gesto dramático, se tocó el pecho. Rió, cloqueando:

—Erase otra lánguida mocita, con más agallas que un ballenato, que dicen son pececitos de muchas arrobas que pululan por los nórdicos mares. ¿Sé o no gramática?

—No tienes gracia. Abusas, Jacoppino —dijo, desdeñoso, el Gran Duque impuesto.

—Lo diré, pues, sesuda y gravemente. Al que ronque le coronaré de laurel por demostrarme su buen gusto y con perejil en la nariz, lo podremos asar. Era un enigma, si, era un misterio... ¿Cómo

continuaba en vida la honesta asediada? ¿No era ya honesta? ¡Horror! No quiero creerlo. Si en cada ciudad italiana hay mil mujeres, dejadme la ilusión de que dos al menos sean castas y sin mancilla como la nieve de la cumbre del Hímeio, montanña de miel que en Grecia, la clásica, se yergue.

—¡Al grano, o sufrirás mis iras!—clamó un bufón, tratando de imitar la recia voz de Matteo Trozzi.

Pese a sus cincuenta y seis años, conservábase el napolitano fuerte y ágil. Abalanzóse y con la hoja de su estoque pegando de plano, fué azotando lomos y corvas de la caterva de bufones, que huyeron gritando doloridos.

Jacoppino cruzóse de brazos y estático, declamó:

—¡Muero para mayor gloria de la casa Trozzi! Sea mi última voluntad que sobre mi lápida se escriba: “Fiel y veraz no fué escuchado”.

—Habla y sin necedad, Jacoppino. Tú y yo a solas.

Y desfogado, sentóse de nuevo el dueño y señor de Capri.

Jacoppino besóse el reverso de la mano.

—Gracias, generoso. Trentino, rondaba a Nela. Nela con el infierno sabe qué artera invención mantenía a distancia a tu hijo preferido. ¡Y de nuevo el trovador, que me es muy simpático! Aparece, pincha en el cogote a Trentino, que sangre se le vió donde cito y se esfuma con la viudita. ¡Qué bribón más afortunado! ¡Ah, Matteo! ¿Dónde vamos a parar? ¡Qué escarnio! Un trovador rapta en un solo día a dos elegidas de tus retoños. Los vence y humilla. Rasgo mis vestiduras, me cubro la faz y lloro amargamente.

—¿Fué ese endemoniado juglar el que atacó a Falco?

—No creo. No había aun asomado, pero por una vez aprovéchate de mi destellante inteligencia. Conserva a tu Falco entre algodones, porque si sale a la calle te lo va a descalabrar el trovador desconocido.

Hizo una pausa el bufón, para agitar su bastón tintineante.

Matteo Trozzi, apoyado el mentón en la mano, acodado en el sillón, meditaba. Al fin, dijo:

—Sabes más, Jacoppino. Estoy esperando.

—Asciéndeme. Mis honorarios son escasos y mis vicios abundantes. Me das bazofia, camastro y techo. ¡Pido bolsa sonante!

—Tus costillas crujirán, necio, si continúas en ese tono, que ahora no me divierte.

Habló casi suavemente, y por esta misma razón, apresurado Jacoppino, explicó:

—Diez pregoneros de airón azul han clamado que a muerte será

condenado quien ampare, o no entregue al trovador. Lo describen en todo su atavío, rostro y hasta creo que... Beso vuestros pies, Excelencia. No estáis para chanzas. Con la venia me retiro.

—Sí, vete, dile a mi tesorero que te entregue cien ducados.

Con cabriolas alegres desapareció el larguirucho bufón.

Matteo Trozzi alargó el brazo y su puño cerrado chocó por tres veces, violentamente contra un escudo formado por delgada lámina de bronce.

Llamaba a Trentino. Los tres hermanos estaban obligados, salvo orden contraria, a permanecer en el palacio fortaleza a la hora del atardecer, preparados a acudir a la llamada paterna.

Trentino Trozzi entró. Era el favorito. Pero conocía en el aspecto demasiado tranquilo de su padre, que éste dominaba un furor evidente, por la contracción de las peludas cejas y mandíbulas.

—A vuestro mandato me presento, Excelencia.

—¿Mi mandato? Eres pérfido y falso como una mujer, Trentino: Mientes impúdicamente. ¿Tú eres un hombre? ¡Eres un cobarde! ¡Eres un atrevido bastardo!

—Padre...—dijo Trentino, irguiéndose.

—Tu honrada madre murió por suerte. No presencia la vergüenza que para mí eres. ¿De cuándo acá manda en Capri alguien más que yo? ¿Por qué tus pregoneros piden cabezas que yo no haya indicado? Un trovador se ha burlado de ti. ¡Un juglar tañedor de laúd, pone en fuga a un Trozzi! Y decides obrar como si fueras tú el dueño de Capri. Sois faunos obsesionados por la mujer y pereceréis. Espera para mandar que tus hermanos hayan hocicado el suelo y que yo mismo, de humillación por haber engendrado bestias sin seso, reviente de ira.

Hacía falta el valor que poseía Trentino y la costumbre de ver encolerizado a su padre, para resistir lívido, pero serenamente, el aluvión de tonantes insultos.

—Escucha, Trentino, y hazlo atentamente. Eres el menor y tengo por ti una insensata preferencia. Ordena inmediatamente a tus pregoneros, que cesen de clamar. Para cazar al gorrión no se le previene a gritos. Tienes dos días para descuartizar al trovador. Pero delante de mí. Quiero ver a ese bravo perillán. Si no lo logras, tus dos hermanos te atarán desnudo a lomos de asno y fustigarán fus espaldas a través de todas las calles de Capri, a pleno sol. ¡Un Trozzi no puede ridiculizar a nuestra casta de leones! Márchate, Trentino.

Malévolo, observó Matteo Trozzi el respetuoso saludo de su favorito. Le vió salir.

Su puño golpeó el escudo por dos veces. Umbrío apareció casi al instante.

—A vuestro mandato me presento, Excelencia

—¿Escuchabas, no es cierto, Umbrío?

—Sí, Excelencia. He incurrido en vuestro justo reproche, pero el cielo me es testigo...

—¡Calla, blasfemo! Vuelve jamás a repetir esa invocación y te corto la lengua. ¡Hijo del infierne eres!

—Sí, Excelencia. Quise decir que para evitaros un disgusto no os relaté lo sucedido. Giulia Datorni fingió envenenarse. Maté a Giussppe...

—¡Gran hazaña! Un cobarde menos sanea la isla.

—Apareció un trovador que por sorpresa...

—¿Por sorpresa? ¡Maldito seas! ¿De cuándo acá a un Trozzi le pueden sorprender? Saliste huyendo...

—Quise capturar con vida al infame que...

—¿Infame, quién? Eres un redomado cínico, Umbrío. Hay que tener el valor de la propia maldad. ¿Me mientas a mi? Escucha, Umbrío, y hazlo atentamente: es la primera y última vez que sé de tus torpezas por labios ajenos. La próxima escarmentarás, porque el castigo será espantoso. Vete, Umbrío; vete, hijo.

Minutos después, acudía a la única resonancia del bronce, Falco Trozzi. Demacrado por la pérdida de sangre, apoyábase en su envainado estoque para andar.

—Hola, Falco. Habla lo menos posible, por que te desvanecerás y si tal ocurre, con faldas despertarás como pertenece a quien se deja descalabrar y miente a su propio padre. ¿Quién te hirió?

—Juro por lo más sagrado, Excelencia, que lo ignoro.

—¡Turba de perjuros! No insisto, Falco. Pasemos a otro tema. ¿Conoces a un trovador valiente y digno de ser mi hombre de confianza, si no fuera que me place más verlo descuartizar?

—Umbrío y Trentino me hablaron! Yo lo desconozco, Excelencia.

—Eres el mayor y mi heredero, Falco. Me desconsuela pensar que si he de morir, tú vas a sucederme. A veces, mi paternidad rne extravía y creo que vales. ¿No se te ha ocurrido que puedes tú capturar al trovador?

—Todos mis hombres recorren la isla...

—Armando barullo y alborotando. ¡Necio! ¡Torpe! ¿Qué tienes bajo la frente? Cualquiera de mis bufones os gana en sesos. El trovador, ¿qué ha hecho? Llevarse a Giulia y Nela. ¿Qué hará? Intentar hacer lo mismo con la mujer que tú persigas ahora. ¿Quién

es ?

—Fiorenza Gherlina. Pondré centinelas...

Dió Matíeo Trozzi un recio puñetazo en el brazo de su sillón.

—¡Condenación! Hallo ya mi castigo en la tierra, oyendo el infinito eco del abismo de insondable estupidez que tengo por hijos. Yo me ocuparé de esto. Vuelve a la cama y no te levantes hasta que yo te mande llamar u oigas el bronce. Vete, Falco; vete, hijo.

Pasaron minutos y por fin Jacoppino asomó por entre las cortinas su magra y alargada faz siniestra.

—Entra, hijo del Averno—invitó Matteo Trozzi.

—Sí, padre.

Y el bufón, con paso lento y majestuoso, resopló avanzando. Giraba los ojos en sus órbitas con muecas que aumentaban su fealdad.

—¿Conoces a Fiorenza?

—Aurora, alborada, ardiente mediodía, suave crepúsculo. Buen gusto tiene Falco.

—Escoge a quince de mis mejores bravos. Los mandas. Ingenia el modo de estar y no estar. Que quien entre en la casa de la dama me lo traigas acá, vivo y sin daño, al igual que a ella. Si escapa o muere...

—Me ofendéis, Excelencia. ¿Cuánto?

—Cien ducados.

—O valgo yo mucho, o vale poco el trovador. Y si vale él poco, hagamos deducciones y...

—Cien bastonazos.

—Elijo los ducados. Yo soy así. Desinteresado y noble.

—Y yo soy buen pagador, en todos sentidos. Sabes cuándo en mucho empeño tengo un deseo.

—Os juro que no miento al aseguraros, Excelencia, que la propia Fiorenza ignorará mi presencia, y dadme una libertad.

—¿La pides? Confío en que has adivinado mi interés.

—No quiero quince, sino cuatro bravos,

—Vete y a tu acomodo. No vuelvas hasta no traerme el bribón de trovador. Y que no sufran daño ni él ni la bella.

—Vuestro rendido secretario, Gran Duque.

Capítulo X

JACOPPINO APLAUDE

Fiorenza Gherlina, vestida con sus mejores galas, encaminóse hacia la puerta de su alcoba, para acoger al trovador desconocido.

Vio llegar a un hombre, el cual de pronto saltó hacia delante y rodeándole el talle con un brazo, aplicóle la mano en la boca, con fuerza.

Otros dos aparecieron que, silenciosa y rápidamente, maniataron y amordazaron a la mujer, llevándosela.

Jacoppino desapareció también en contigua habitación. En la alcoba entró Gianina, la mujer que usufructuaba la bolsa y las atenciones de Jacoppino.

Vestía con distinción y aleccionada por el bufón, adoptó un continente modoso.

En las restantes habitaciones, los dos otros bravos de Matteo Trozzi, habían ido amordazando a la servidumbre y familiares.

Luys Gallardo, guiándose por la tenue claridad de la alcoba, se dirigió hacía ella.

Gianina sonrió con semblante pudoroso.

—Bienvenido, señor trovador. Os halláis ante Fiorenza, a la que deseáis servir.

Luys Gallardo pestañeó sorprendido. Habíase figurado distinta a la amiga de Carlina Zanni.

Su experta psicología le hacía adivinar falsedad en aquella mujer. Pero bien pudo Carlina, inocentemente, entablar amistad con una coqueta.

—A servir a mi dama vine, madona.

—¿Quién os envía?

—Dejadme preguntar ¿quién vigila la casa?

—Nadie.

Jacoppino en su escondite, mordióse los labios. ¿Sabría Gianina mantenerse a la altura de su papel?

Hizo jugar en la vaina su larga espada.

—¿Ningún peligro os acecha, madona?

—Vos.

—Si todo el mal que os pueda suceder es semejante al que decís, permanecéis muy a salvo.

Gianina engañaba al bufón. Tenia inteligencia y supo enmendar el falso camino. No era aquel, trovador vulgar que con insinuaciones groseramente claras, cayera en la red hábilmente urdida por Jacoppino.

Sonrió, macerando entre sus manos el reborde de su ancho cinto.

—Es tal mi desconcierto, señor, que me comporto inadecuadamente. Pero juzgad de mi congoja cuando amenazada estoy por Falco Trozzi de la peor suerte.

—Nos desconocemos mutuamente, madona.

—El pregonero proclama vuestra condena a muerte y aparecéis. ¿Nadie os escolta?

—Mi espada y mi temeraria imprudencia, que al servicio de Eva se agiganta.

—Tomad asiento.

—Si tal queréis, vuestro servidor soy.

Perplejo hallábase el trovador. ¿Era aquella, dama que deseara huir? Semejaba más bien casquivana coqueta, deseosa de aventura…

Gianina era bellamente tentadora. Tenía lozanía de saludable constitución y era mimosa y subyugadora.

Acercóse a mesita donde un bravo había dejado frasco de cristal tallado que contenía un soporífero de rápidos efectos y breve duración. Uno de los mejores hallazgos del astrólogo de los Trozzi..

—Duermen todos, señor. Tengo fiebre de intranquilidad continua. Dejadme invitaros a beber este compuesto de frutas exprimidas.

Luys Gallardo presentía algo indefinible. Quiso hacer una comprobación.

Mientras ella vertía el líquido en dos copas, levantóse y, acercándose a Gianina por la espalda, aplicó sus labios en la nuca femenina.

Gianina, cosquilleada, rió.

—Atrevido…—musitó—. No abuséis de mi soledad.

—No me la recordéis tanto, que flaco es mi temple.

Y enlazando el talle de Gianina, Luys Gallardo aplicó nuevo beso, esta vez más prolongado en la nuca de la que, contoneándose, rió complacida.

Jacoppino, inmoral y depravado, desde su escondite, limitóse a pensar en el delicioso montón que formaban cien ducados.

Giró Gianina sobre sus altos tacones y quedó frente al trovador. Arqueó hacia atrás el talle.

—No debí fiar de apuesto trovador desconocido. Pero es tal mi abandono, que a vuestra merced quedo.

De nuevo, Luys Gallardo quedó perplejo. ¿Era simplemente una coqueta? ¿Era una alocada?

Desprendió el abrazo y retrocedió pesaroso.

Gianina tendió una copa y apuró completamente la suya. Había tomado antes el antídoto que le evitaría sufrir los breves efectos de mazazo del narcótico.

Sin desconfianza, cogió Gallardo la copa. Iba a beber, contemplado por Jacoppino, cuando dejóla sobre la mesita.

—¿Sabéis a lo que vine, hermosa?

—A llevarme lejos de aquí.

Pero antes quiero saber quién sois, quién os envía y a dónde me llevaréis.

-—Lógica querencia. Me llamo Luys Gallardo, me envía un quedo impulso de corazón y pienso llevaros a donde nadie os acose, si tal es vuestra voluntad.

Observó ella, entornados los párpados, que la copa seguía llena. Dijo, con comedido gesto:

—Es mi voluntad verme libre de mal fin. Y en vos deposito mi confianza, deseando que no peligre vuestra vida.

—Me encanta la concordancia de esos sonidos llamados notas, Fiorenza. Unidas entre sí por voluntad de músico juglar, producen armonía. Si entre ellas chocan, producen discordancia. Y ¿os ofenderá que os diga que si con buenos propósitos vine, observo una discordancia, que a punto de dar traste con mis intenciones está?

—Escucho con placer canciones y lamentos de trovador. Pero preciándome de ser no más ni menos necia que las demás, no os comprendo.

—Os supuse muy distinta.

—¿Cómo? ¿Os desilusioné?

—Os vi temerosa. Estáis serena. Os imaginé desconfiada. Me aceptáis por paladín.

—Ingenua me reputan, y... no lo soy. Esto es lo que os intriga.

La aparente franqueza hábil de la mujerzuela, que poseía la convincente ductilidad de su atractivo inteligente, desconcertó de nuevo a Luys Gallardo, que se reprochó mentalmente su recelo.

Y sintióse poco caballeroso. Asió la copa y la apuró. Sonreía Gianina, y acercándose, sus dos manos colocáronse junto a las sienes del trovador.

—¿Qué recompensa solicitáis de costumbre, Luys?

—¿Cuál me queréis dar?

—Una hora de éxtasis. Que lo que por imposición no se obtiene, se obsequia por voluntad.

Luys Gallardo sintió contra su boca la presión ardiente de los carnosos labios. Creyó embriaguez de sentidos lo que era acción del poderoso narcótico.

Y en el beso quedó desmadejado, sin sentido...

Gianina apartóse, y sonrió burlona, al oír el aplauso con que Jacoppino hizo acto de presencia.

—Amada Circe, eres única. Tus besos son de fuego, y tus palabras, de oro. Déjame besarte fraternalmente.

Tendió ella el rostro con gesto ritual de maquinal costumbre. Y, sobresaltada, llevóse la mano a la dolorida boca, donde Jacoppino acababa de propinar recio revés.

—Demasiado a lo vivo te sentiste rendidamente sumisa al trovador, bestezuela. ¡Merino, Prinzio! Llevadme a este hombre, con seguras amarras y con exquisito cuidado. Si tropezáis, os degüello. Es mi mejor amigo. Viva imagen de mi talentudo cerebro.

* * *

Matteo Trozzi consintió en despertarse de su sueño, al oír desde el umbral de su alcoba, a través de la rejilla de la cerrada puerta de hierro, la voz de Jacoppino anunciando:

—Excelencia, mi rey, mi amado dueño. Despierta suavemente... Cumplí, y el trovador y la dama fueron sacados de la casa, por donde menos puedes figurarte. De azotea en azotea. ¿Sabes por qué? Porque no quise tener tropiezos en el suelo. Desconfío de tus retoños, que podrían haberme arrebatado la presa.

Matteo Trozzí dormía medio vestido, por vieja costumbre. Limitóse a cubrirse con larga hopalanda.

—El trovador ha despertado. Fiorenza llora. Enternecedor, lastimoso y deplorable. ¡Qué ejemplar lección! Nadie puede burlarse de Matteo Trozzi y su secretario.

—¿A dónde los llevaste?

—A tu sala de merendolas.

Luys Gallardo despertó atado contra la base de una columna, manos atrás. Fué evocando. Un beso quemante y casi molesto... La bebida dulzona... Las sienes latiendo.

Vió frente a él a una desconocida, también atada.

Nadie más. Un hombre recio, maduro, bestial de facciones, severo de ademán, entró, sin dirigirle la mirada.

Fué a sentarse en el sitial del estrado.

Otro, flaco, alto, siniestro, aplaudió, haciendo corcovas.

—Yo soy Jacoppino, el vencedor. Y mi dueño, el imponderable Matteo Trozzi. Para evitar confusiones, él es el cuerdo, y yo, el loco. Pero ¿quién sabe dónde está el límite que en el humano separa el loco del sensato? ¡Ah, qué dulce momento! Esta es Fiorenza, y la que te besó, Luys Gallardo, era Gianina, mi sierpe amada. Admira mi listeza, envidíame, insúltame, pero yo he ganado.

—La mujer...—dijo el trovador—. Quien con fuego anda, chamuscado queda.

Matteo Trozzi seguía silencioso. Sus ojos clavábanse en el que había osado desafiar y burlar a sus dos hijos...

—¿Ánimos te quedan para filosofar, trovador? Yo soy el bufón, y tú, el loco paladín. Y éste es el Gran Duque. Está gozando. Es un gran señor. Sabrá matarte con exquisitez.

Luys. Gallardo sacudió la cabeza, para ahuyentar, el molesto latido... Un martilleo que atenazaba sus sienes.

—Jacoppino, perro charlatán... — habló Matteo Trozzi—, no consiento que ante mí una dama esté atada. Corta sus ligaduras. Perdonad, señora. Fué exceso de celo por parte de este vil mentecato.

—Por cien ducados, llámame tonto, pero dame más. Perdonad, señora, si os maceré los nacarados brazos. Pero más temo, por sensato que soy, a mujer desvalida que a escuadrón de borrachos en reyerta.

Fiorenza Gherlina, libre de cuerdas, miró al trovador. Y se fué acercando a él...

Jacoppino, tras la columna, mostró la larga lengua...

—¿Llamo a Falco, Excelencia?

—Calla hasta que te ordene hablar, maldito rufián. Sabes ya quién soy, trovador. Pero ignoras tu suerte... Necesito hombres coma tú. Desprecio a los cobardes. Te dejaré que me sirvas, si, espada en mano, sabes hacer frente a Umbío y Trentino, a los cuales conoces.

Aplaudió vigorosamente el bufón. Luys Gallardo arqueó las cejas.

—Ilústrame, déspota. ¿Eres el Trozzi que aquí impone terror?

—Matteo Trozzi soy.

—¿Padre de los engendros que me huyeron?

—Asaz insolente eres, majadero. Mis verdugos te reducirán la necia impertinencia.

—Lo prefiero.

—¿Qué dices?

—Soy tan necio, que prefiero divertir a los verdugos, que matar a hijos por vesania de padre que no merece serlo, porque si les diste la vida, obligación tenías de hacerlos mejores, y no a tu imagen.

Aplaudió frenéticamente Jacoppino.

Matteo Trozzi acarició se la barbilla, mientras Fiorenza, en gesto lastimero, trataba de indicar al trovador que callase.

—Buen temple, trovador. Acepto tu reproche. Lástima que hayas de morir con mil muertes anticipadas. Yo no mato prontamente, porque es pena leve para gallo como tú. Doy muertes lentas antes del reposo final.

—Lo mismo haría contigo y tus hijos.

—¡Majadero! ¿Qué actitud es ésta, loco del demonio?

—La del que, perdido por perdido, prefiere escupir su desprecio. Si tú de hombre tienes agallas, y aprecias que te consideren un verdugo, con ínfulas de gran señor, deja libre a esta dama, y yo sabré divertirte como el mejor de tus bufones.

—Habla, Jacoppino. Tú debes replicar a este insensato.

—Yo digo, Excelencia, que somos dos canallas, y él, un imbécil. Pero siento algo extraño que arañando por mi estómago y pecho, lugares por donde la llamada alma debe viajar a ratos, que si aquí hay un gran señor, éste lo es nuestro trovador. Y creo que no hay verdugo que haya inventado muerte bastante cruenta para el que con tanta inoportunidad nos recuerda que, a pesar nuestro, tenemos, aunque muy apagado, un soplo de alma. ¿No te gustaría que fuera tu hijo? Lo insinúo, porque a mí, personalmente, me pasma la virilidad con la que, atado, te mantiene respetuoso. Debe luchar con tus dos retoños. Y ella no puede salir con vida de aquí, porque nadie debe saber lo que un trovador cantó sin música.

—Me temo, Jacoppino, que tampoco tú te das cuenta de lo que se avecina.

—Te sirvo. Soy la voz de tu conciencia adormecida. Y me quieres, Matteo, porque me necesitas. ¿Quién sino yo y este trovador te íbamos a cantar las verdades del barquero? ¡Cuidado, madona! Por allá, os perderíais.

Y el bufón se interpuso ante Fiorenza Gherlina, que, enloquecida, trataba de escapar a lo que parecía irreal pesadilla.

Luys Gallardo, murmuró:

—Otro triunfará donde yo perdí, Trozzi. Hay refrán que no miente: “A todo cerdo le llega su San Martín”.

—¡Refrán de maldito español! Jacoppino... Vigila a este loco. Quiero pensar lejos de su charla. Al amanecer mis tres hijos se enfrentarán con él. Me placerá. Y en cuanto a vos, señora, ya que

tuvisteis el gran honor de merecer la atención de Falco, un Trozzi cabal, quedáis invitada a permanencia en esta sala. Jacoppino os ofendería con rijosas chanzas si intentarais huir. En cuanto a ti, español, sabrás lo que es gemir, por haberte atrevido a entremeterte en los asuntos privados de los Trozzi.

Al salir el usurpador, Jacoppino aplaudió.

—Dos locos y una virtuosa, ¡Picaro mundo!... Con razón das vueltas sin cesar. Dormid, señora. Y vos, señor, rezad. Yo, al acecho espero impaciente el momento en que dejéis de constituir un vivo reproche para quien, como yo, naciendo hombre, vivió como víbora, y no sintió hasta hoy el aguijón de algo muy semejante a eso que llaman los menestrales “remordimiento”.

Capítulo XI

DOS MUNDOS Y UNA LITERA

Cercano ya el amanecer, Bruyant salió del porche que lo ocultaba. Llamó, con fuerza:

—¡Don Luys!

Delfín Lechuga avanzó, penetrando en la casa vigilada. Salió poco después. Encogióse de hombros.

—Ya sabéis cómo es él. Debió llevarse a la dama. No quiere escoltas, y aquí nos ha tenido al relente. Regresemos a bordo.

—¿Señales de lucha?

—Atados en lechos, seres de ambos sexos. Pero como ninguno es digno de mi atención, allí queden.

Los compinches gascones encamináronse hacia la playa.

* * *

Jacoppino sentóse en el sitial perteneciente a Matteo Trozzi.

—Habla, Jacoppino. Tú debes replicar—remedó.

—Tu peso en oro—dijo Gallardo.

—Soy muy flaco.

—Doblo.

—Me gusta más el oro que la propia Gianina, pero aun me gusta más el ver morir a los que alardean de pureza y nobleza de sentimientos.

—Deja huir a madona Fiorenza, y...

—No insistas, trovador, porque un día me decidí a serle fiel al viejo Trozzi, y todo el oro del mundo, incluidas las Nuevas Indias, no me harían vacilar. ¿Nada ofreces, Fiorenza?

Ella, junto al trovador atado, deslizó sus manos hacia la columna. El esquelético bufón silabeó:

—Me tienen por loco, no por niño, Fiorenza. Aparta tus lirios que dedos fingen, y acércate a mi estrado, o, de lo contrario, esperarás el alba entre mis brazos.

Ella obedeció, aproximándose al estrado.

—No mires en rededor. No hay arma que conmigo pueda, cuando desconfío siempre de mi propia mala sombra.

Cabalgó con sus largas piernas los brazales del sillón mullido recamado de terciopelo.

—Sois hermosos, arrogantes, y formáis pareja ejemplar. Por esto mismo, los Trozzi inventarán para vosotros tormentos que nunca nadie, ni yo mismo, imaginar pudiera. Reíd pensando en potros, púas, pozos, escorpiones, brasas... Futesas, cosquillas, caricias. Los Trozzi son bestias movidas por las malas pasiones. Pero cuando alguien se les enfrenta, son bestias humanas ingeniosas. Hieren sin hierros... Adivina adivinanza. ¿Qué es lo que a ti, español, más te dolería?

—Lo que me duele es pensar que tuviste madre. Me apena...

Jacoppino saltó del sitial. Pareció a punto de acometer. Rió con mueca forzada.

—Porca miseria! ¡Qué buen bufón serías! Conoces los puntos vulnerables... hasta del canalla más empedernido. Hola, hola... ¿Quién diantres os tolera entrar aquí?

Dos atléticos individuos revistiendo rojas capuchas de verdugo, y ceñidas mallas del mismo color, portando hacha al hombro, acababan de aparecer, colocándose a cada lado del único umbral de la sala.

—¡Fuera, petirrojos! Aquí soy yo el amo.

Matteo Trozzi apartó la cortina de entrada.

—A dormir, perro. Charlas demasiado, y no dejas pensar a mis invitados de honor. Estos dos, por mudos, sirven mejor.

Jacoppino acudió, servilmente presuroso.

—A la camita, Excelencia. Felices sueños.

Cayó la cortina. Los dos verdugos, inmóviles, se apoyaban ahora, perniabiertos, en el hacha, cuya media luna fulgente descansaba en el suelo.

Fiorenza Gherlina, lentamente, fué acercándose al prisionero. Uno de los verdugos, pisando pesada y aplomadamente, con el hacha ante el pecho, se interpuso entre el trovador y la mujer.

—Tratad de descansar, Fiorenza. Aun no ha amanecido, y billan estrellas en el firmamento—dijo Luys Gallardo.

El verdugo alejóse, para ocupar su primitiva postura.

Tendióse ella boca abajo sobre las mullidas pieles del estrado. Lloraba, terriblemente angustiada...

Pasaron largos minutos-siglos. Cabeceó el trovador, cansado. Los efectos del narcótico no se habían disipado por completo.

Los dos verdugos continuaban inmóviles, pétreos y siniestros en su mudez.

Lentamente, la cortina tembló, abriéndose. Una maza erizada de púas abatióse en doble golpe rápido y consecutivo sobre los dos cráneos encapuchados.

Los cuerpos no cayeron, porque desde atrás los sostuvieron, a la par que las hachas, y fláccidos los dejaron deslizar hasta el suelo.

Atraídos desde fuera, los dos verdugos, mudos para siempre, desaparecieron entre nuevo temblor de la pesada cortina.

Doblada la cabeza sobre el pecho, Luys Gallardo dormía. Fiorenza Gherlina seguía tendida de bruces. No se dieron cuenta de lo que sucedía.

En el obscuro pasadizo dos hombres iban desnudando a los muertos verdugos para revestir sus ropas y capucha.

Una mujer con largo antifaz veneciano presenciaba la escena, y de vez en cuando hacía un gesto impaciente, apremiante a los dos que, una ver vestidos, prontamente introdujeron los dos cuerpos inanimados en el interior de un gran arcón.

Una vez hecho esto, recogieron las hachas, y, con ellas sobre el hombro, abrieron el cortinaje que daba paso a la sala privada de Matteo Trozzi, y adoptaron hieráticas posturas a uno y otro lado del umbral...

Luys Gallardo despertó cuando, frente a él, adivinó una presencia humana.

Era la mujer enmascarada, que, con tenue voz, habló:

—Si fueras libre, ¿qué harías, trovador?

—Te envíe quien te mande, no por ello he de abandonar la imprudente jactancia que hasta estos momentos me perdió. Si libre fuera, consagraría mi vida y toda la astucia posible a dar muerte lenta a los Trozzi. Una muerte de moral agonía. Y devolver a Capri su alegría.

—Bella empresa.

La enmascarada hizo una señal, y los dos hombres que vestían atuendo de verdugo avanzaron, hasta colocarse tras ella.

—Si corto tus ligaduras, ¿qué harías, trovador?

—Imaginar que deseas verme libre, por algún motivo de personal querella con los Trozzi...

—Aciertas.

—...y tratar de huir con madona Fiorenza,

—No podrías salir de Palacio. Puedo ayudarte.

—Ayuda necesito hoy, que mañana puedo darla.

—Esta es la razón por la que te he preparado libre camino. Esos dos que aquí ves no son los verdugos que antes te vigilaban, sino servidores míos. Vestidos así podrán facilitarte la fuga de Palacio, penetrando en los subterráneos en que se hallan las salas de prisión y suplicio. Y en la litera con la cual son llevados al monte los muertos supliciados, saldréis ambos. Después..., cumple tu palabra,

y que los Trozzi perezcan.

A otra señal, uno de los verdugos aproximóse a Fiorenza Gherlina, que escuchaba absorta, y ató sus manos a la espalda, asiendo el largo extremo de cuerda colgante.

Otro verdugo hizo lo mismo con el trovador.

—De este modo, si en el camino hacia los subterráneos, fuerais sorprendidos por las patrullas de cualquier Trozzi, no os impedirán el paso.

—Tu nombre, para que en el futuro conste como benefactora de esta isla, porque, gracias a ti, madona Fiorenza resucita, y yo lograré aplastar a los buitres.

—Mi nombre... lo sabrás cuando llegue el momento. Ahora, olvídame, y no preguntes a estos hombres. Tienen lengua, pero para ti serán mudos, porque así lo ordené. Vámonos, que el tiempo apremia. No quisiera que Matteo aquí me sorprendiera.

Uno de los verdugos supuestos, colocando el mango del hacha en la vaina de cuero que al cinto llevaba, quedó con mano libre para asir una antorcha con la cual iluminó el camino, cuando hubieron traspuesto el largo corredor.

Y entonces dióse cuenta Luys Gallardo de que la enmascarada había desaparecido.

Poco después atravesaban anchísimo patio empedrado, por donde transitaban soñolientos soldados de patrulla.

Éstos siguieron andando, sin intervenir, en un desfile macabro que casi cada noche presenciaban.

Traspuesta una verja, descendieron los dos aparentes prisioneros con los cómplices de la enmascarada, anchos peldaños que iban girando en caracol, hasta llegar a lúgubre nave de sótano.

A diestro y siniestro, dormitando sobre haces de húmeda paja, o imprecando, hallábanse prisioneros de variada índole.

Fiorenza Gherlina cerró los ojos al borde del desmayo, al apercibir en un entrante del sótano una mujer sometida a tortura. Más allá, junto a la supliciada, un hombre joven insultaba a los verdugos y a los Trozzi, mientras su cuerpo se alargaba en horrible forzamiento.

Al fondo de la larga estancia de horrores torcíase el sótano en nuevo espacio de mazmorras, y en salas donde los instrumentos de suplicio aguardaban ser utilizados.

Al final, una reja de gruesos barrotes dejaba ver escalones que ascendían, hada el exterior.

Uno de los supuestos verdugos abrió la puerta que daba acceso a la última mazmorra, la más cercana a la salida.

Señaló el interior a Fiorenza y el trovador, que entraron. Cerróse la puerta.

—Tened ánimos, madona. Poco queda para que respiréis mejores aires que los miasmas malignos que aquí nos envuelven. Vos que conocéis cuanto en Capri sucede, decidme: ¿cuáles son las damas que puedan libremente transitar por el palacio de los Trozzi, y que además tengan servidores capaces de exponerse a horribles torturas, por infringir los mandatos de Matteo Trozzi?

—Tres mujeres hay en Palacio, una de las cuales puede ser la enmascarada. Iolanda e Isolda, hijas de Matteo, que las tuvo de su primer matrimonio. Y Lucrezia, su segunda esposa. Dicen que Isolda e Iolanda, en contraste con Matteo y los hermanos Trozzi, son de dulce carácter, viviendo casi siempre recluidas, como si las horrorizaran los desmanes de los suyos. Y en cuanto a Lucrecia, hay quien afirma que tiene hechizado al viejo Trozzi. Debe, pues, ser una de las hermanas quien, admirando vuestra viril acción de desafiar a los Trozzi, nos proporciona la fuga.

—Extraño es que una de las hijas libere a quien jura matar a su padre y a sus hermanos. Tampoco puede ser Lucrezia, puesto que interés muy personal e íntimo tiene en que los Trozzi dominen el mayor tiempo posible en Capri. Pero ¿qué importa? La realidad es que la enmascarada, sea quien sea, que ya lo sabré, nos ha salvado. Y no me humilla que una dama acuda en salvación del que a las damas sus afanes dedica.

—Yo os arrojé el pañuelo... y después me aprisionaron hombres que acompañaban a Jacoppino, el bufón. Y otra mujer me substituyó.

—No penséis más en ello...

Abrióse la puerta y los dos verdugos aparecieron llevando una litera cubierta. Mostraron el interior a los dos rescatados.

—Mientras mis preguntas sean inofensivas, podéis contestar, amigos, que vuestra señora no se enojaría por ello. ¿Por qué hemos de meternos aquí dentro?

—Los verdugos llevan en esta litera, y otras iguales, a los cadáveres—explicó, con voz opaca, a causa de la capucha, uno de los hombres.

—¿Y después?

—Orden de nuestra señora es no liberar vuestras manos hasta que lejos, y al amparo de toda visión, quedéis. Colocaremos tu puñal desnudo entre las ligaduras, y así podrás cortarlas mientras nos alejamos.

—No hubiese pretendido averiguar quiénes erais, ni quién nos

salva. Pero es natural que el temor a los Trozzi os haga ser prudentes. Entrad sin repulsión, madona Fiorenza, habida cuenta que os debe parecer lecho de rosas el que hacia la libertad os conduce.

Uno de los verdugos arrojó un hato de ropas envueltas en tela, dentro de la litera.

El otro explicó a Gallardo:

—Cerca del lugar donde te dejemos hallarás los desfigurados cadáveres de dos torturados, hombre y mujer. Nuestra señora quiere que los Trozzi crean que habéis muerto en la huida. Para facilitar tu regreso, si sabes cumplir. Vísteles a ellos con vuestra ropa, y habrá cazadores que con su jauría de perros traigan a rastras sus cuerpos vestidos de tal guisa, tranquilizando a Matteo Trozzi, que supondrá pudiste huir de Palacio, pero no escapar a las jaurías.

Luys Gallardo, humorísticamente, saludó:

—Dile a tu señora que admiro su talento organizador. Y ahora, con mi agradecimiento, os pido perdón por dejarme llevar en andas.

La litera cubierta púsose en movimiento. Fiorenza Gherlina, cerrados los ojos, respiraba entrecortadamente.

Oyeron rechinar los goznes de la gran verja. Una voz ronca, interpeló:

—Mucha labor esta noche, ¿verdad, forzudos?

—Mucha—replicó la opaca voz de uno de los portadores.

El aire, fétido, fué trocándose en fresco y respirable. El terreno ya era llano. Después, fué ascendiendo.

Por fin, se detuvo la macabra litera. Uno de los portadores abrió las laterales telas.

Ayudó a descender a la mujer, mientras el otro colocaba entre las manos atadas a la espalda del trovador el puñal que desenvainó del cinto de Luys Gallardo.

Sacaron del interior el hatillo de ropas, lo dejaron en el suelo, y, sin pronunciar palabra alguna, volvieron a cargarse a hombros los palos de la litera, alejándose a rápido paso.

—Discretos, veloces y cumplidores—comentó el trovador, mientras, adosándose a un árbol, maniobraba para rasgar sus ligaduras—. Escondeos tras ese matorral. Y, mientras, tranquilizad los recelos. Vamos a ir a velero que os conducirá a isla donde Carlina Zanni os espera. Y en la tranquila isla de las sirenas a la fuerza, haré acopio de sonrisas y tiempo para elaborar buen proyecto que me permita llevar a cabo mi furioso deseo de terminar con los Trozzi.

Realizó la poco agradable tarea de revestir con las ropas de

Fiorenza y las suyas los dos cuerpos de los torturados.

Después, llevando de la mano a la que seguía aterrorizada, descendió por entre el boscaje hacia el litoral.

En otra playa, la chalupa en permanente espera que él hízóse disponer, les llevó a ambos hacia el “Dardo”.

Y mientras, a bordo, abrazábanse, con grandes demostraciones de alegría, Nela, Giulia y la recién llegada, Luys Gallardo dirigióse hacia el puente, seguido por Musso Volpi.

—Vuestra escolta no llegó aún, patrón.

—Inconvenientes de ser invisibles. Esta vez lo fuí vo. Ya vendrán al amanecer. Y ahora, poned a salvo mi galantería, capitán Volpi, anunciando a las tres gracias que, rendido de emoción, quedo durmiendo en el interior de vuestra torreta.

—Excusadme, patrón. No es torreta, sino cámara de órdenes y cálculos—corrigió el marino.

—De acuerdo, capitán. Y tan pronto lleguen don Delfín, Bruyant y sus compinches, poned proa hacia la Isla de las Sirenas.

Capítulo XII

LA JAURÍA CALMADA

Un sueño pesado y de turbulentas pesadillas hacía agitarse en su blando y monumental lecho a Matteo Trozzi.

En la enorme alcoba ardían permanentemente varios velones de cera perfumada, porque el Gran Duque, valeroso y sin miedo, sentía pavor de las tinieblas y de las cosas sobrenaturales.

A aquel lugar sólo tenía acceso Lucrezia, su segunda esposa. Era una napolitana de extraordinaria belleza, sobre cuyo pasado ni el propio Matteo tenía la menor idea.

Habíase enamorado de ella con salvaje pasión senil. La que recibía de labios de los tres hijos de Matteo epítetos tan poco edificantes como “hija de Lucifer”, “enviada de Satán” y otros semejantes, poseía una hermosura fascinante.

Sus largos cabellos de oro rojizo, que llameaban haciendo destacar aún más la blancura de su tez; su majestuosa figura algo opulenta, pero perfectamente formada; sus grandes ojos, de un azul verdoso, a instantes azul bondadoso, a otros verde pérfido; sus nítidos dientes, resaltando en el rubí de sus labios; la brevedad de su pie y mano..., todos eran atractivos físicos que habían incitado al viejo Trozzi a hacerla su esposa, porque la deseaba continuamente.

No había parado mientes en sus, existentes o no, cualidades morales. Y lentamente, la que pareció sumisa sierva, fué adquiriendo un ascendiente exclusivo sobre la voluntad del tirano de Capri.

Influía también en ello la superstición de Matteo Trozzi, que aceptó como permanente consejero de su segunda esposa, antes de partir de Napóles, a micer Gretto, el nigromante astrólogo.

Un viejo caduco, exangüe, de voz cascada, siempre oculto en su antro, habilitado en habitaciones contiguas del ala derecha, perteneciente a Matteo Trozzi y Lucrezia.

Bocales con reptiles y pájaros, redomas humeantes, globos terráqueos, grandes cartas con las constelaciones y los signos del Zodíaco, gruesos mamotretos repletos de signos cabalísticos, eran los utensilios entre los que vivía, comía y dormía micer Gretto.

Sus predicciones o sus consejos iban, modificados, a parar a oídos de Matteo Trozzi, el cual, oyéndolos especificados por los

mórbidos labios sapientes de Luerezia, hacía gran caso de ellos.

La droga de que sirvióse Jacoppino para que Gianina adormeciera brevemente al trovador, habíale sido proporcionada por Lucrezia, gracias a las misteriosas artes de micer Gretto.

Pero lo que ignoraba Matteo Trozzi era que, cuando, tras unas horas de pesado sopor en que nada oía, despertaba vigoroso y descansado, debíase a que Lucrezia habíale administrado primero droga de sueño, para luego, a la hora que ella decidiese, destilar en su garganta un poderoso cordial, vertido de minúsculo frasco sostenido por ella.

Y eran escasamente las siete de la mañana cuando Matteo Trozzi despertó.

Sentada junto a él en el lecho, Lucrezia, con sonrisa humildemente obsequiosa, saludó:

— Un nuevo día de felicidad os deseo, dueño mío. ¿Os place este condumio de fresas bañadas en vino generoso, con espuma batida de la mejor leche de Capri?

—Tu presencia siempre grata a mi despertar, Lucrezia, me vigoriza para la dura labor diaria.

Empezó el tirano a comer con glotonería. Disminuía la altura del copioso montón de fresas saturadas de vino y crema.

Y, saciado su apetito, Matteo Trozzi bebió la copa de hidromiel con especias, que era brebaje preparado por el nigromante para encender su sangre y rejuvenecerlo, según aseguraba Lucrezia, y que realmente era tónico enérgico.

—Esta noche el perro bastardo de Jacoppino me ha demostrado que es ingenioso. Logró lo que mis hijos no consiguieron. Apoderarse del maldito trovador, hablando del cual anoche, antes de acostarme, te entretuve. Vino a despertarme Jacpppino, y en mi sala presos estaban el trovador y su última compañera de aventura: Fiorenza Gherlina.

—Jacoppino es un bufón muy inteligente, dueño mío. Y os demuestra gran fidelidad.

—Por esto mucho le consiento, hasta que me fatigue y harte de sus abusivas impertinencias. Vísteme, Lucrezia, que tengo prisas por proceder a lanzar contra el trovador la jauría de mis hijos. Verán ellos que sigo siendo el mejor de los cuatro...

Escasísimas veces citaba Matteo a sus hijas. Se le antojaban débiles, remilgadas, indignas de ser unas Trozzi.

Por esto encogióse de hombros con indiferencia cuando Lucrezia manifestó que seguían soñadoras, recluidas y en buena salud.

Poco después, Lucrezia abría la puerta de la alcoba y saludaba

rendidamente al paso del que, como se acaricia a un bello animal de cuya fidelidad se está seguro, pasóle la diestra por los largos cabellos de color llama.

Y en el pasadizo, con fruición anticipada, dirigióse Matteo Trozzi hacia la sala.

Se detuvo con impaciente ademán colérico cuando halló su camino interpuesto por el esquelético y altísimo Jacoppino, que, arrodillado y con los brazos en cruz, hipó, fingiendo llanto:

—Mi última hora ha llegado, mi rey. Mata a tu fiel bufón. Haz como los injustos y egoístas romanos con los que eran portadores de malas noticias. Decapítame con tu sandalia.

—Tregua a las necedades, Pino. Tengo prisa.

—No me dejaste vigilar al trovador...

Matteo Trozzi, presintiendo algo increíble, alargó las manos, rodeando con ellas el cuello del bufón.

—Mata, pero escucha, emperador.

—¡Si ha huido, te estrangulo, maldito bastardo!

—Mitad, mitad...—replicó, poniendo los ojos en blanco, el bufón —. Estrangúlame a medias, ya que a medias huyó el apuesto doncel del laúd.

En vigoroso esfuerzo, obligó Trozzi a ponerse en pie a Jacoppino. Le miró sañudo, pero soltándole la garganta...

El bufón torció varias veces el largo pescuezo, y resolló:

—Por mi libre deseo he venido a informarte... Si llegas a entrar en la sala, caes fulminado por congestión de rabia, muerte que acecha a los titanes sanguíneos como tú. Hubieras visto vacía la jaula y dos cadáveres de verdugo.

—¡Imposible!...—Y con recio manotazo apartó Trozzi a su bufón, corriendo hacia la sala.

Levantó el cortinaje, miró..., y, engarfiando sus manos en la tela, murmuró:

—¿Tiene mágicos poderes ese español?

Detrás de él, Jacoppino musitó:

—No tanto. Debía tener audaces ayudantes, que mataron a los dos verdugos, y, revistiendo sus ropas, hicieron creer a las patrullas que llevábanse al mozo juncal y a la hembra jocunda a la sala de suplicio. Después, con la litera, se los llevaron al aire libre. ¡Espera, mi rey! No me estrangules, mientras hablo, ¡cáspita! ¿Quién te va a querer más que yo? ¿Quién te sirve de gran secretario?

—¡Habla presto, mastuerzo!

—Un rondín de los que con jauría vigila los montes, lanzóse a la persecución del trovador y la dama. Y los dulces y hartos perros,

rabiosos de hambre y maldad, a dentelladas destrozaron a los dos fugitivos. Cuelgan por los pies de la picota alta del patio. Tu amor propio queda a salvo, Matteo de mis quereres. Llamarás a tus hijos, que son unos dormilones, y les mostrarás los restos del trovador y la bella. ¡Así castiga el invencible Matteo Trozzi, Gran Duque por sus narices y seso! Cesó el escarnio. Y calmada queda la jauría... de tus retoños. Podrán seguir con sus invasiones de hogares que poseen la desgraciada fortuna de una esposa, viuda, hermana o hija, hermosa y virtuosa. ¡Albricias, mi rey! ¡Los Trozzi siempre triunfan!

Matteo Trozzi retrocedió, y, alzándose el cuello de su hopalanda de pieles, dirigióse hacia la puerta que conducía a la galería de su solo uso, desde la que divisaba el patio de las picotas.



—¿Tiene mágicos poderes ese español?

En aquel patio, muchos amaneceres habían dado lívidos toques a los enemigos que dejaban de existir.

Apoyado en la balaustrada de mármol, Matteo Trozzi contempló los dos cuerpos sin vida.

—Se rompió el laúd de plata—comentó, agriamente.

—Enmudeció para siempre, mi rey. Ya no cantará trovas melosas, que hacen ponerse tiernas a las doncellas con mal de amores. ¡Hemos matado a un trovador galante, Matteo! El arte se vengará. Pero tus hijos inútiles te admirarán, y serás para ellos el

gran señor siempre vencedor. ¿Los llamo? Me odian, y me gusta verlos contenerse para no destrozarme. ¿Les ordeno de tu parte que bajen al patio?

—Envía al capitán de guardia, ya que también le substituiste en darme las novedades. ¿Fueron capturados los que facilitaron la fuga al trovador?

—Presas de peca monta. Yacen despedazados por el monte. Voy y vuelvo, mi rey. No llores de pena en mi ausencia, viendo a qué han quedado reducidos el apuesto juglar y la deliciosa nena. Pingajos... ¡Pingajo!

Y, corriendo, marchóse el insolente Jacoppino. Poco después, en el patio, soñolientos aun, sin lavar, hirsutos y parpadeando, entraban los tres hijos de Matteo Trozzi.

Contemplaron los dos cadáveres lacerados, y, volviéndose lentamente, miraron hacia arriba. Saludaron respetuosamente...

Matteo Trozzi, erguido y desdeñoso, se mantuvo inmóvil. Falco Trozzi, el mayor, tardó en saludar... Por fin lo hizo, con más respeto que los otros dos.

Había perdido a Fiorenza, pero quedaba vengado. Y tras la figura imponente del viejo Trozzi, Jacoppino, frotándose las manos, muequeaba, farfullando :

—¡Loor al César de Capri! Calló la música del laúd, y sigue imperando la melodía de los gemidos. ¡Loor a ti, mi ¡rey!

EPÍLOGO

El blanco velero capitaneado por Musso Volpi penetró en estrecha rada de la Isla de las Sirenas, quedando oculto por los acantilados.

Desembarcaron, presurosas, las tres rescatadas, y, uniéndose tras las rocas a las que esperaban, formaron una algarabía de alegres voces, intercambiando saludos y exclamaciones.

Bruyant Lartiguars, teniendo a su lado a Erika “Sans Merci”, guiñó el ojo, y susurró:

—Un cuadro que encantaría a mi sensible abuelo. Estoy pensando algo sublime, algo epopéyico, que es palabra que mi docto abuelo aplicaba a todo lo enorme.

—Tus pensamientos, Bruyant, me dijiste que eran míos.

—Por esto mismo te los entrego, desconfiada. Puras ideas orean mi frente, y soy angelical. ¿Por qué no crear un reino? ¿Por qué no instalar hogares? ¿Sirenas a la fuerza y marinos a la fuerza como mis compinches, enlazándose en santa boda, y venga críos?... Lo hablé con don Delfín, y lo encontró muy sensato. El viejo Volpi resopló y me llamó algo raro, parecido a “zascandil”, pero le tolero libertades. Es ese pájaro raro llamado un hombre honesto.

—¿Y hablaste con don Luys?—inquirió ella, sonriente, porque le placían los propósitos casamenteros de su marido. Sabía que menos de temer eran las “sirenas” cortejadas por los gascones, que libres...

—No despertó aún. Y hasta que no asome, nadie baja a tierra. Isla de mujeres y barco de hombres, donde sólo tú, mi princesa, refulges con radiación de astro. *Hamm*!

Y, jovial, el bandolero fingió mordisco en la mejilla de la tudesca, mientras el loro, saltando sobre el hombro de su dueño, graznaba incoherencias coléricas.

—Paz en el gallinero, bribón. Sois mis dos amores, y compartís mi corazón.

Luys Gallardo vestíase calmosamente ropas nuevas que extraía de su provisto cofre. Delfín Lechuga, sentado, explicó:

—Tuvimos miedo cuando no hallamos rastro tuyo en la casa de madona Gherlina. Pero, ahora, agradable es pensar que nuestro viaje tiene por meta la fácil empresa de degollar a los cuatro faunos.

—¿Nuestro? Aquí quedarás, señor pícaro... No quiero sombras ni entorpecimientos. No rechistes, Delfín. Vuestra misión es velar por ellas, hasta que Capri quede libre de sus cuatro tiranos. Comprende

la razón que me asiste. Ganaré la partida, pero a solas. No por majeza, sino por los mismos senderos de tenebrosidad que los Trozzi emplean.

—Como tú ordenes—dijo, sin convencimiento, el castellano.

Acabó de vestirse el trovador. Sonrió con malicia :

—¿Qué comentarios hace nuestro amigo Bruyant?

—Crear una Arcadia feliz en la isla. Parejas uniéndose con la bendición del cielo.

—Es situación algo peligrosa. Creo que hallé una solución.

En cubierta, Luys Gallardo fué a besar la diestra de Erika, Von Merck.

—Debo ausentarme por poco tiempo, señora. Y en isla donde mujeres quedan, Bruyant, con don Delfín y el capitán Volpi, sabrá protegerlas. Pero vos, que antaño supisteis conducir brillantemente ejército victorioso, sabréis hoy, sin menoscabo de nadie, velar, en evitación de que mi propósito se vea truncado. Dignaos servir de enlace entre tierra y bordo, y quien evita la tentación, evita el peligro. Ellas en tierra, y ellos a bordo, quedan los tan bellos recursos de cartas amorosas, si ellas siéntense atraídas hacia algunos de sus salvadores. Pero debo partir con la tranquila disposición de ánimo de que nada ocurrirá que enlute la blancura simbólica de el “Dardo”.

—Confiad, don Luys—dijo ella, incisivamente—. Todos son caballeros, pero... las sirenas no subirán a bordo. Y ellos os darán palabra de que no irán a tierra.

—Palabra doy—rió. Bruyant—. Más difícil le será a don Delfín.

—Escribiré largos mensajes poéticos para matar la espera. Elegí ya dama inspiradora.

—¿Y vos, don Luys? ¿No bajáis a tierra, para recibir las aclamaciones de vuestras bellas protegidas?

—Me da vergüenza...—rió el trovador—. Tímido soy cuando tantas bellas se reúnen. Además..., y nuestro capitán que en silencio escucha me dará la razón. Quien exige, debe dar ejemplo. No voy a la isla, aunque ardo en deseos de ir. Predico con el ejemplo.

—Bravo, patrón—asintió el siciliano.

Después de besar de nuevo la diestra de Erika, alejóse el trovador, acompañado por “Siete Vidas” y Musso Volpi.

—Dispuesta está ya la chalupa, patrón.

—¿Y el cofre?

—También. Hago votos para que vuestra ausencia sea breve... Permitidme la libertad de manifestaros que os cogí mucho aprecio, porque sois todo un caballero, sin vanidad ni alardes.

—Gracias, lobo de mar. ¿Algo quieres decir, Delfín?

—Triunfarás... porque piensas emplear lo que nunca usaste: astucia en las tinieblas. Pero, para tranquilidad nuestra, fíjanos un plazo de espera.

—Quince días. Después..., venced donde yo perdí, si es que pierdo. Y ahora..., hasta pronto.

—Eres un héroe... porque te vas, cuando, allá, a escasa distancia, tras las rocas, un sinfín de náyades quisieran demostrarte cariñosamente su gratitud interesada... Gallito juguetón eres, y se volvería loca de orgullo la que tú distinguieras.

—Volveré a reposar... ¿Cuál es la dama que elegiste, Delfín?

—Tu segunda raptada, si no hay inconvenirnte. Nela Messica.

—Alabo tu gusto. Una sirena viuda, es doblemente sirena.

En cubierta, manos masculinas ondeaban una despedida a la chalupa que, impulsada por favorable viento, llevábase hacia misterioso proyecto al que, sentado en proa, canturreaba alegremente.

Y, tras las rocas, Carlina Zanni sintió un extraño malestar al verse alejar al risueño paladín.

Permanecían en silencio las que cumplían la orden amistosa del capitán Volpi transmitiendo el deseo de Luys Gallardo de no hacerse visibles desde el horizonte.

La ardiente y decidida Nela Messica sintió una decepción profunda: hubiera querido ver si, en noble lid de encantos y atracción, podía ella vencer a Carlina Zanni, la “dama del ideal” del arrogante caballero paladín de la Isla de las Sirenas.

Mientras, iba empequeñeciéndose la blanca estructura de la chalupa. Y Luys Gallardo, para olvidar la imperiosa atracción de la Isla de las Sirenas, pensó en la enmascarada, en la que, salvándole, hacía posible su obsesivo deseo de exterminar a los malignos napolitanos que convertían a Capri, la isla de ensueño, en una tierra de abatidos y humillados siervos.

PRÓXIMO EPISODIO:
"LA ISLA DE LAS SIRENAS”